

• EL 10 DE OCTUBRE •
JOSÉ MARTÍ
y la primera guerra de liberación nacional



ANIVERSARIO

150

• EL 10 DE OCTUBRE •
JOSÉ MARTÍ
y la primera guerra de liberación nacional

• Discursos del 10 de Octubre •



La Habana, 2018

Edición: CECIL CANETTI

Diseño y composición: AMAYA VERGARA CANTILLO

Sobre la presente edición:

© Centro de Estudios Martianos, 2018

ISBN: 978-959-217-292-8

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada 807, esquina a 4,

El Vedado, CP 10 400,

La Habana, Cuba

Telf.: (537) 836 4966 al 69

Fax: (537) 833 3721

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

www.josemarti.cu

NOTA EDITORIAL

Este 2018 conmemoramos el 150 aniversario del 10 de Octubre, fecha que dio inicio a nuestras gestas independentistas del siglo XIX con la Guerra de los Diez Años (1868-1878), primera revolución moderna de la historia de Cuba. Nadie como José Martí —Apóstol de los cubanos— ha revelado en palabra y en hecho la significación de estos acontecimientos para la posterior evolución de nuestra historia patria. Esos diez años de lucha estuvieron en el centro de su actividad revolucionaria preparatoria de la Guerra del 95. De sus múltiples escritos en los que analiza o alude a la primera contienda, hemos seleccionado para esta ocasión sus discursos sobre el 10 de Octubre. La lectura de estos textos permitirá conocer o corroborar muchas de las cuestiones en que “los viejos arrastres opresores tienen mando y vigencia”. El legado martiano continúa siendo, hasta hoy, la utopía y la meta que guía nuestro destino de nación y república iniciado en La Demajagua un 10 de octubre de 1868, en tanto comunidad que se renueva en el tiempo, se redefine, desde lo permanente que nos identifica. “El puente entre la historia y el futuro es en Martí construcción fuerte y sensible, y vena por la que circula, sin cansancio, la sangre del

hombre de servicio e invención”. El momento que vive su isla “desarrolla y confirma, en un nivel histórico, la entraña de lo martiano”.*

* Los textos de las citas han sido tomados del prólogo de Juan Marinello a las *Obras completas* de José Martí, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 1, pp. 18, 15 y 17, respectivamente. [En lo sucesivo, el nombre de José Martí en las fuentes aparecerá como JM, y sus *Obras completas* como OC.]

DISCURSOS
DEL
10 DE OCTUBRE

Señoras y señores:*

Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que la enardezcan, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción a la estrechez de la palabra humana. Esta fecha, este religioso entusiasmo, la presencia—porque yo siento en este instante sobre todos nosotros la presencia de los que en un día como este abandonaron el bienestar para obedecer al honor—de los que cayeron sobre la tierra dando luz, como caen siempre los héroes, exige de los labios del hombre palabras tales que cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes de la victoria, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno de ella es el silencio. No sé que haya palabras dignas de este instante. “¡Demajagua!”, decía uno de nuestros oradores: “¡plegaria!” decía otro: ¡así es como debemos conmemorar aquella virtud, con los acentos de la plegaria! Los misterios más puros del alma sa cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna,

* José Martí: Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en *Masonic Temple, Nueva York*, 10 de octubre de 1887, *OC*, t. 4, pp. 215-226.

salieron a pelear, sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella: cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: “¡Ya sois libres!” ¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para ellos todos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso! ¡Gracias en nombre de ellos, cubanas que no os avergonzáis de ser fieles a los que murieron por vosotras: gracias en nombre de ellos, cubanos que no os cansáis de ser honrados!

¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos alienta, a más de nuestra gratitud, para reunimos a conmemorar a nuestros padres? ¿Qué pasa en nuestras huestes, que el dolor las aumenta y se robustecen con los años? ¿Será que, equivocando los deseos con la realidad, desconociendo por la fuerza de la ilusión o de nuestra propia virtud las leyes de naturaleza que alejan al hombre de la muerte y el sacrificio, queramos infundir con este acto nuestro, con este ímpetu, con este enunciado, esperanzas que son culpas cuando pueden costar la vida al que las concibe, y el que las pregona no puede realizarlas? ¿Será que sometiendo como vulgares ambiciosos el amor patrio al interés personal o la pasión de partido, estemos tramando con saña enfermiza el modo de echar inoportunamente sobre nuestra tierra una barcada de héroes inútiles, impotentes acaso para acelerar la agregación inevitable de las fuerzas patrias, aun cuando llevasen, con la gloria de su intrepidez, el conocimiento político y la cordial grandeza que han

de sustentarla? No: ni la debilidad nos trae aquí, ni la temeridad. ¿No nos afligimos, no nos buscamos unos a otros, no nos adivinamos en los ojos un llanto de sangre, no andamos con la mano impaciente, con el dolor de la carne herida en nuestra carne, en cuanto sabemos de alguna nueva tristeza de la patria, de algún peligro de los que allá viven, de alguna ofensa a los que allá nos desconocen, del sacrificio estéril de algún valiente infortunado? ¿No nos regocijamos noblemente cuando se espera de nuestros mismos dominadores una concesión de justicia, un bien parcial, que aunque lastime nuestras aspiraciones grandiosas, aunque retrarde nuestro ideal absoluto y nuestra vuelta al país, le prometa sin embargo una calma relativa—de que no queremos gozar nosotros? ¿No nos agitamos, no perdemos el interés en nuestro quehacer usual, no sentimos, cuando sabemos que hemos de reunirnos para estos actos nobles, como más claridad, como más ternura, como más dicha, como más elocuencia, como una verdadera resurrección en nuestras casas? ¡Pues por eso estamos aquí: porque la prudencia puede refrenar, pero el fuego no sabe morir; porque el amor a nuestro país se nos fortalece con los desengaños, y es superior a todos ellos; porque el pesar de vernos ofendidos por los que no saben imitar nuestra virtud, es menos poderoso que este impulso de los que morimos en silencio fuera del suelo natal, para prolongar siquiera la vida recordándolo; porque tal vez divisamos el peligro, y nos aparejamos a ser dignos de él!

Ese impulso nos arrastra; nos pone en pie, como si viviéramos aún, devuelve a nuestros labios la palabra, cansada ya de torneos pueriles: ¿qué somos nosotros más que lo que nos decía esta noche un anciano respetable, qué somos nosotros más que “mártires vivos”? Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza, nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles a los ladrones, comida hasta la rodilla—¡hasta la rodilla no más!—de gusanos, la imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano; ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. ¡Cierra los ojos y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia,—un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme,

ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma! Aturdidos, confusos, impotentes, los que viven lejos de la patria solo tienen las fuerzas necesarias para servirla.

Así vivimos: ¿quién de nosotros no sabe cómo vivimos?: ¡allá, no queremos ir!: cruel como es esta vida, aquella es más cruel. ¡Nos trajo aquí la guerra, y aquí nos mantiene el aborrecimiento a la tiranía, tan arraigado en nosotros, tan esencial a nuestra naturaleza, que no podríamos arrancárnoslo sino con la carne viva! ¿A qué hemos de ir allá, cuando no es posible vivir con decoro, ni parece aún llegada la hora de volver a morir? ¿Pues no acabáis de oír esta noche una voz elocuente que nos sacaba, recordando aquella vergüenza, las llamas a la cara? ¿A qué iríamos a Cuba? ¿A oír chasquear el látigo en espaldas de hombre, en espaldas cubanas, y no volar, aunque no haya más armas que ramas de árboles, a clavar en un tronco, para ejemplo, la mano que nos castiga? ¿Ver el consorcio repugnante de los hijos de los héroes, de los héroes mismos, empequeñecidos en la pereza, y los viciosos

importados que ostentan, ante los que debieran vivir de espaldas a ellos, su prosperidad inmunda? ¿Saludar, pedir, sonreír, dar nuestra mano, ver, a la caterva que florece sobre nuestra angustia, como las mariposas negras y amarillas que nacen del estiércol de los caminos? ¿Ver un burócrata insolente que pasea su lujo, su carruaje, su dama, ante el pensador augusto que va a pie a su lado, sin tener de seguro donde buscar en su propia tierra el pan para su casa? ¿Ver en el borchorno a los ilustres, en el desamparo a los honrados, en complicidades vergonzosas al talento, en compañía impura a las mujeres, sin los frutos de su suelo al campesino, que tiene que ceder al soldado que mañana lo ha de perseguir, hasta el cultivo de sus propias cañas? ¿Ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy a donde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo? Puñal es poco para decir lo que eso duele. ¡Ir, a tanta vergüenza! Otros pueden: ¡nosotros no podemos!

Pero no estamos aquí para censurar a nuestros hermanos en desdicha, a nuestros hermanos mayores en desdicha, porque el valor que necesitan para soportarla es más que el que para esquivarla demostramos nosotros: no estamos aquí para suponer en ellos, con necia arrogancia, la falta de virtudes que sean nuestro patrimonio exclusivo: ¡yo las he visto brotar bajo aquella opresión con tanto brío, con más brío a veces que el que cabe ya en nuestras almas fatigadas! Astros apagados ya para nosotros, en el fuego de la libertad

que consume los astros, todavía son para ellos soles: el amor a la patria, que es en nosotros inquebrantable juramento y melancólica constancia, es en ellos asomo de aurora y épico frenesí: ¡por cada uno que cae en vileza, hay dos que se avergüenzan de él! Si el reposo, que es también necesario en la historia, favorece el desarrollo del juicio, no maldigamos del reposo,—que cesará por sobre cuantos lo estorben cuando tenga fuerzas para cesar,—porque la catástrofe innecesaria de nuestra guerra demuestra que el valor es estéril,—el mismo valor loco a cuyo recuerdo hierva la sangre y se dibuja en la sombra un caballo ensillado que nos convida,—cuando la razón, que es otra forma de valor, no lo preside. ¿Quién cuenta desde aquí las almas que allá acarician, con el fervor creciente por la ofensa diaria, los mismos deseos de que solo los presuntuosos entre nosotros pueden suponerse únicos depositarios? ¿Quién no oye lo que se dicen aquellos puños cerrados, aquellos labios mordidos, aquellas mejillas encendidas? ¿Quién no se enorgullece, como si fueran suyas propias, de las virtudes, de la inteligencia singular, de los hábitos de trabajo, de la facilidad magnífica para todo lo bello y difícil de que nuestra patria da prueba pasmosa, surgiendo de aquella llaga que se la come, como de los mismos cerdos muertos surgen con el azul más puro, florones de luz? ¡Todos, todos son nuestros hermanos, nuestra carne, nuestra sangre, lo mismo los que piensan con más tibieza que nosotros que los que han pensado con ineficaz temeridad! Pre-

cipitar ¿cuándo fue salvar? Ni ¡qué valdrá, más que lo que valen las alas de un colibrí en una tormenta, que los de flojo corazón levanten las manos pálidas al cielo el día en que, recobrada la salud, decrete el país que no se contenta con dietas de honor? ¡Las aves indecisas, para protegerse mejor, se agregarán a la bandada! ¿Qué es ponerse a murmurar unos de otros, a recelarse, a odiarse, a disputarse un triunfo que sería efímero si no fuera unánime, de todos, para todos, porque unos han vivido acá y los otros allá? ¿Cómo los que han padecido menos osan afectar desdén, que si fuera real sería fratricida e impolítico, hacia los que han padecido más, hacia los que acaso les han permitido, con su silencioso sacrificio, con la prudencia con que usan de su poder moral, intentar los remedios parciales que en vano recomiendan, sin los obstáculos que con amor menos virtuoso a la patria hubiéramos podido en todo instante oponerles, pero que guardamos celosamente para su hora, no por agasajo a nadie, no por temor de nadie, sino por aquel prudente amor al país, por aquel supremo amor al país, ante el que se deponen todas las pasiones? Vacilen estos, retráiganse aquellos, condénennos otros: todos nos juntaremos, del lado de la honra, en la hora de la vindicación y de la muerte. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, porque como nosotros piensan todos, aun cuando, como quien quiere sofocar el aire, quieran sofocar el pensamiento; porque nosotros, como los persas que se refugiaron a adorar el fuego, que era el símbolo de

la patria sometida por el moro, a las cumbres solitarias adonde no hallaba camino el opresor, ¡con el fuego sagrado nos refugiamos, orgullosos de nuestra soledad, en las cumbres de nuestras conciencias! ¡Nosotros somos el deseo escondido, la gloria que no se pone, el fin inevitable! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; ¡sino si sirven a la patria con aquel filial gusto, con aquella sabia indulgencia, con aquel dominio de las antipatías señoriales, con aquel acatamiento del derecho del hombre ineducado a errar, con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos, con aquel supremo sentido de justicia que puede únicamente equilibrar en lo futuro tenebroso el resultado natural de las injusticias supremas, con aquel ingenuo afecto a los humildes que encadena las voluntades incultas en vez de agriarlas y llevarlas de la mano al enemigo, con aquel respeto a la patria que prohíbe agitarla inoportunamente en provecho de la vanidad o el interés, con aquel incendio del alma ante la injusticia que muchos aventureros del pensamiento fingen con semejanza y arte tales que llegan a ser caricaturas acabadas de la gloria! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si, divisando lo porvenir con la mirada segura que es dote esencial de los que pongan manos en las cosas del Estado, dirigen sus actos de modo que, en vez de levantar sin propósito y dirigir sin cordialidad pasiones que no se podrán apagar luego sino con la acción, prevean y dispongan esta, se conformen a la política real de la

Isla, y contribuyan a la conservación y reforma de sus fuerzas y al fortalecimiento y pujanza de los caracteres. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si comprendiendo a tiempo el carácter fogoso y enérgico que el padecimiento bajo la tiranía, el destierro en países de república y su natural apasionado de la libertad han creado en el cubano, disponen la patria para acomodarla a él, en vez de amenguarla con planes de mando exclusivos, o con soberbia de grupo alucinado, o con esperanzas cobardes de ayudas extrañas,—peligrosas e imposibles. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; ¡sino si familiarizados con la grandeza, como han de estar los que pretenden influir en tiempos que la requieren, en vez del odio raquíptico a lo inferior en orden social, a lo que no comulga en el propio templo, a lo que ha nacido en la propia tierra, demuestran la determinación conocida de obrar sin odio, el día en que nos reconozca la historia nuestra autoridad sobre la casa que recibimos de la naturaleza!

Con ese cuidado escrupuloso vivimos; todos esos problemas conocemos; nos ocupamos firmemente, no en llevar a nuestra tierra invasiones ciegas, ni capitánías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de república que hará falta mañana, que tal vez hará falta muy pronto, a un país cuya independencia parece inmediata, pero que está compuesto de elementos tan varios, tan suspicaces, de amalgama tan difícil, que los choques que ya se vislumbran, y que

han ayudado acaso a acelerar aquellos cuya única labor real era impedirlos, solo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor. ¡Y pasamos tal vez por agitadores perniciosos, los que, sujetando los impulsos menos dóciles, solo queremos tener limpio el camino por donde al fin ha de buscar su salvación la patria! Se amenaza con nosotros a Cuba;—se acusa de complicidades con nosotros a un partido cubano que ni aun por sus personas más inquietas solicitó ni aceptó nunca el menor roce con lo que creemos inevitable, aunque el pensarlo solo agobie, la guerra que parece ser por desdicha el único medio de rescatar a la patria de la persecución y el hambre; —se llega a suponer, con ligereza que devolvemos sin respuesta, que los que aquí meditamos con respeto de hijos el modo de ahorrar a nuestro país conmociones estériles, de subordinar a su mandato nuestros más gloriosos ímpetus, de alimentar en el silencio las virtudes que han de serle útiles, de dar tiempo a que se robustezca su carácter para la lucha que acaso sea precisa, de confundir en concordia todos sus elementos, de no enajenarnos ninguno de los factores imprescindibles, de disponer cuanto en la hora suprema pueda abreviar el sacudimiento, acelerar el triunfo, y fundar la patria libre,—¡no somos más que una turba irreflexiva, tocada de monomanía sangrienta!

Esta no es hora de decir cómo no han sido inútiles para la emigración cubana veinte años de experiencia, de manifestación y roce francos, de choque

de ambiciones y noblezas, de prueba y quilate de los caracteres, de lucha entre la pasión desconsiderada y el juicio que desea someterla al desinterés de la virtud. No es hora de decir, cuando se conmemoran hazañas a cuyo lado palidece el simple cumplimiento del deber, cómo en la obscuridad, grata al verdadero patriotismo, se procura con sagrada pureza librar de estorbos, no para todos visibles, el porvenir del país, y en vez de trabajar sin fe y desconcertados en pro de una fórmula postiza, condenada de antemano, por la fuerza de lo real, a corta duración, se atiende, con el oído puesto al suelo, que no ha cesado todavía de hervir, al espíritu vivo de la patria; a la recomposición de sus elementos históricos, más temibles mientras más desatendidos, y más reales, en su descanso natural e inacción aparente, que las sombras que solo tienen aparato de cuerpo palpable porque se amparan de ellos y les sirven de transitoria vestidura; a la preparación de la guerra posible,—puesto que mientras sea la guerra un peligro, será siempre un deber prepararla,—de manera que en el seno de ella vayan las semillas, ¡de no muy fácil siembra! que después de ella han de dar fruto. Agitar, lo pueden todos: recordar glorias, es fácil y bello: poner el pecho al deber inglorioso, ya es algo más difícil: prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público: y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo, en acuerdo con lo que se prevé. No es hora de decir que puesto que la guerra es, por lo menos, probable en Cuba, serán po-

líticos incapaces todos los que no hayan pensado en el modo de evitar los males que pueden venir de ella. Pero todas las horas son buenas para declarar que aquí los corazones no son urnas de devastación, prontas al menor empuje a volcarse sin miramiento sobre el país, sino aras valientemente defendidas, donde se guardan sus últimas esperanzas de manera que las pasiones interesadas no las pongan en manos del enemigo, ni la traición disimulada las defraude!

¿Guerra? Pues si hubiese querido tenerla siempre encendida, ¿cuándo ha faltado una montaña inexpugnable ni un brazo impaciente? Refrenar es lo que nos cuesta trabajo, no empujar: lo que nos cuesta trabajo es convencer a los hombres decididos de que la mayor prueba de valor es contenerlo: pues ¿qué cosa más fácil que la gloria a los que han nacido para ella, ni qué deseo más impetuoso que el de la libertad en los que ya han conocido, en el brío del combate y en la vela de armas, que es digna de sus heraldos naturales, el sacrificio y la muerte? Las manos nos duelen de sujetar aquí el valor inoportuno. Si no lleva la emigración la guerra a Cuba, acaso será porque cree que no debe aún llevarla; acaso será porque hay en su seno mucho hombre sensato, que prefiere dar tiempo a que los hechos históricos culminen por sí en toda su fuerza natural, a precipitarlos por satisfacer impacencias culpables, a comprometerlos con una acción prematura, con una acción que, habiendo de conmover, de trastornar, de ensangrentar el país, debe esperar para ejercerse a

que, por todo lo visible y de indudable manera, no solo necesite el país la conmoción, sino que la desee, por el extremo de su desdicha y lo irrevocable de su desengaño. ¡Aquí no somos jueces, sino servidores! ¿Quién dice que aquí queremos llevar a nuestra patria en mala hora una guerra que tuviese más probabilidades de ser vencida que de vencer en corto plazo? ¡Aún cuando la tuviéramos en nuestras manos, aún cuando solo aguardase la señal de partir, para el viaje santo y ligero, corazón a corazón iríamos llamando, afrontándolo todo en la angustiada súplica, para que no diesen rienda al valor impaciente hasta que ya no hubiera modo de salvar sin esa desventura a la patria!

Acá, en esta tiniebla, precedido de sangre en nuestra historia como en la naturaleza, ya nos parece divisar el día; ya, confundiendo con el miedo el recogimiento semejante a la duda que precede a las sacudidas nacionales, irrita un desdén insolente la última paciencia del país, avergonzado de su credulidad; ya, con el favor inicuo de gobiernos que traicionan a su patria usurpando una autoridad que no osan ejercer con honra, se preparan nuestros dominadores a provocar la Isla a una guerra incompleta y prematura, a azuzar acaso a los inquietos y los ciegos de nuestro propio bando, para segar al país la flor nueva que ha echado en medio de los vicios, para pasear la hoz a cercén, antes de que vibre en los brazos la indignación madura, sobre el pueblo culpable de haber sabido perdonar a sus déspotas, creer en su honor, confiar en que con

la generosidad heroica los obligaría a la justicia: ya parece menos lejano el instante doloroso, como todo nacimiento, en que se realicen al fin las esperanzas que enfrena la cordura, pero que no deben morir jamás, porque con ellas morirían la verdad y la grandeza. Mas, si esperásemos en vano; si la zozobra en que vivimos, o el ardor del deseo, nos anublasen el conocimiento; si otra solución política fuera superior a la nuestra; si por la virtud de otros esfuerzos lograrse nuestra patria, contra todo lo probable, una calma relativa; si tanto como por cualquier otro esfuerzo, se lograra por el de nuestra actitud sin plácemes y sin gloria, por nuestro poder secreto e imperante, por el látigo invisible que aquí todos tenemos en las manos,—lógrese en buena hora, aunque de esta última herida que le falta para ya morir, cese nuestro corazón de latir con la esperanza que lo alienta. ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz! Pues ¿para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él, y en sacrificarle hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

Pero si, como anuncian los tiempos, fracasa el empeño de obtener de España para los cubanos la suma de derechos que pudiese hacer llevadera la vida a un pueblo visiblemente dispuesto a volver a arrostrarla por su libertad; si con invenciones satánicas o ardidés felices arrastra al país a una guerra, que no nos hallará desprevenidos, aquella parte perniciosa del elemento español

que lo perturba; si la ira heroica o la palabra imprudente contribuyesen de parte nuestra a acelerar la lucha armada por que suspira, procurando escoger la hora y lugar de la batalla, nuestro astuto enemigo, ¡aquí habremos mantenido, sin avergonzarnos de ella, sin abatirla, sin ondearla como mercancía temible, sin asustar con ella a los políticos flojos e imprevisores, la bandera que nos adorna hoy nuestros muros porque mientras no pueda conducirnos a la victoria, mejor está plegada! ¡Aquí, en el trato abierto y en el estudio de nuestras pasiones, hemos robustecido, mientras nos acusaban y tenían en poco, los hábitos que harán mañana imposible el establecimiento en Cuba de una república incompleta, parcial en sus propósitos o métodos, encogida o injusta en su espíritu! ¡Aquí hemos aprendido a conocer y a resistir los obstáculos con que pudiera tropezar la patria nueva: el interés del hombre de guerra, la pasión del hombre de raza, la soberbia de los letrados, la desvergüenza del intrigante político! ¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostile donde nos retiene, por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas ya que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes! ¡Aquí hemos aprendido a amar aquella patria sincera donde podrán vivir en paz los mismos que nos oprimen, si aprenden a respetar los derechos que sus hijos hayan sabido conquistarse; donde po-

drán vivir en amor los esclavos azotados, y los que los azotamos!

¡Oh!: no es visión de la fantasía esa patria venidera donde, con la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz, prosperará, sin ayudas extrañas que lo consuman, el hombre en quien la libertad ha infundido a la vez la virtud de morir por ella y la inteligencia necesaria para ejercitarla: el hombre que reúne a la industria con que los pueblos se edifican, el brío que salva a la libertad de los que para explotarla o desviarla suelen saltar, con la agilidad del ambicioso, a su cabeza: el hombre cubano. ¿Aniquilado el cubano? ¿Desmayado el cubano? ¿Indigno el cubano de que, por esperar la ocasión de servirlo, desdeñemos, con tenacidad misteriosa, al bienestar seguro y los más gratos honores? ¿Quién nos impele, quién nos aconseja, quién nos conduce, que besamos con amor la mano que nos arrastra por la vía oscura y terrible?

¡Todo, oh, patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: “fuieste mi hijo”! ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés, y morir sin manchas! ¿Indigno el cubano? ¡Antes debemos, con todas las fuerzas de admiración y todo el cariño del alma, saludar a los que surgen radiantes de aquella podredumbre, como las frutas más lúcidas y jugosas brotan de la tierra fecundada por el

pestilente abono, y echar por sobre el mar, con las alas tendidas, un entrañable abrazo hacia los que en aquel aire enlutado insisten en la virtud, nutren el valor, enriquecen la ciencia, practican la literatura viril, improvisan con nunca vista rapidez las cualidades de los pueblos en sazón, y guardan la casa santa del contacto impuro! Como la libertad es la sombra de la tiranía, como las virtudes florecen sobre los cadáveres de los que las poseyeron, como la juventud orea los pueblos cansados, allí donde el sol brilla, donde las palmeras visitadas del rayo ya retoñan, donde cruzan centelleando por el aire las almas de los héroes, donde en el silencio de los caminos hay aún bastante sombra para el honor, ¡se levanta con nuevo poder, con el poder de la indignación contenida, aquel pueblo que han dado por muerto los que, aunque vivan en su seno, lo desconocen u olvidan, los que no cambian todas las glorias y bienes del mundo por el placer inefable de oírlo palpitar. A los que confían en tener aún por mucho tiempo sujeto a un régimen que es el oprobio de los que lo mantienen, aquel pueblo nuestro que sin más conspiración que la de su desdicha, ya se lleva la mano a la frente, ya se pone en pie, ya recuerda de qué lado se cargan las armas, decidles lo que vi yo en los fríos de New York hace siete años:—Era un anciano. En su alma inmaculada no cabía el odio, no era hombre de libros: ¡los libros suelen estorbar para la gloria verdadera! Cuando despertó nuestro Oriente, dejó sola, para ir a pelear, la mujer de su cariño, y la rica hacienda que levantó con

sus propias manos. La guerra lo había curtido: había estado los diez años en la guerra. Después de aquella paz, lo prendieron con sus tres hijos. Huyó con ellos de su prisión en España. No le esperaba la pobreza en el extranjero. Se hablaba entonces de sujetar, con un renacimiento de la guerra mal apagada, las aspiraciones temibles y activas que se disponían a sustituirlas. Y aquel anciano de setenta y tres años, que ya había peleado por su patria diez, vino a decirme: “Quiero irme a la guerra con mis tres hijos”. La vida seca las lágrimas; pero aquella vez me corrieron sin miedo de los ojos. ¿Qué tiene la historia antigua de más bello? —Y decidles lo que vi ayer:—Es un niño, recién llegado de Cuba. Lleva en la frente pensativa la tristeza de quien vive entre esclavos, la determinación de quien decide dejar de serlo. ¡La tiranía no corrompe, sino prepara! ¡Qué cólera, la de un pueblo forzado a acorralar su alma! Trae en los ojos la cólera de su pueblo. Él sabe de dónde viene la injuria, cómo no se espera remedio pacífico, cómo el país está dejando ya caer los brazos para levantarlos! Habla poco. Se pone a cada instante en pie. “Iré, iré de los primeros”, dice. Y espera impaciente, como un potro enfrenado.

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la naturaleza, que los días, henchidos de trabajos dichosos, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos.

Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros solo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria! ¿Con qué palabras, que no sean nuestras propias entrañas, podremos ofrecer otra vez a la patria afligida nuestro amor, y decir adiós hasta mañana, a las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas? ¡Con velar por la patria sin violentar sus destinos con nuestras pasiones: con preparar la libertad de modo que sea digna de ella!

Señoras y señores:*

Brevísimas frases, puesto que hemos empleado tanto tiempo, por el ardor inevitable del corazón, en dar salida a las pasiones evocadas por el recuerdo y la presencia de nuestros héroes, que ya no nos queda, a esta hora adelantada de la noche, espacio ni ocasión para rebajar con frías palabras de análisis, por necesarias que sean, por indispensables que sean en la época que atraviesa sin guía fijo ni ideal adecuado nuestro país, el entusiasmo que inspira a nuestras almas leales, más que el recuerdo santo de la guerra, la determinación de que una política incompleta y parcial, floja con los enemigos y despótica con los propios, no nos arrebatase las conquistas obtenidas por la grandiosa unión en la muerte, por la precipitación de tiempos, con que la guerra, necesaria ayer, justa hoy como ayer, probable en todo instante, restableció en Cuba, con divino calor, el equilibrio interrumpido por la violación de todas las leyes esenciales a la paz estable en las sociedades humanas. Miente a sabiendas, o yerra por ignorancia o por poco conocimiento en la ciencia de los pueblos, o por flaqueza de la voluntad incapaz de las resoluciones que imponen a los ánimos viriles los casos extremos,

* Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1888, *OC*, t. 4, pp. 229-232.

el que propale que la revolución es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.

¿Pero cómo ha de detenerse ahora a demostrar eso, ni a censurar la locura de ir dividiendo, en vez de ir juntando, los elementos necesarios en Cuba para la vida nacional; ni a condenar la torpeza de los que propagan una política que puede parar en la guerra, sin ir ordenando desde ahora los elementos necesarios para ella; ni a castigar la arrogancia de los que aumentan con sus prácticas imperiales los odios de un país que necesita tanto amor; cómo ha de detenerse ahora en la exposición de nuestros misterios políticos, y en estudiar el modo de ir guiándolos por entre ellos, la palabra conmovida, la palabra arrebatada a casi sobrenatural trastorno, por las memorias, bellas como poemas y serenas como juicios históricos, de este hombre sacerdotal que vio en la hora de explosión salir de la tierra, como soles de la noche y columnas de la soledad, a aquel florón de héroes? Siente fuerzas de Júpiter el puño al recordar tantas hazañas, y el pecho estremecido conoce la furia del mal y sus tormentos: ¡acaso se necesita más valor para mantenerse en esta oscuridad que para volar a imitarlos!

La palabra ha caído en descrédito, porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella. Pero todavía tiene oficio la palabra, si ha de servir de heraldo al cumplimiento de la profecía del 10 de Octubre; si ha de impedir que a la tiranía de un gobierno secular, sucedan con daño público y beneficio pasajero de una casta, las tiranías civiles o militares, con cuyos estragos suelen vengarse las metrópolis vencidas de los pueblos nuevos que han tenido más valor para vencer al opresor que para extirparse de la sangre envenenada los hábitos de señor con que la gente soberbia y pedantesca antes prepara que estorba el camino a las cóleras de los humillados, harto justas, y a los despotismos militares que sobre estas se fomentan, y con los odios y pequeñeces de los políticos débiles e intrigantes se mantienen y ayudan. Todavía tiene oficio la palabra, si en vez de ir disponiendo, en un país heterogéneo y de constitución democrática, el triunfo efímero de una casta arrogante sobre un pueblo hambriento de justicia real y empleo libre de las fuerzas que le cuesta tan caro conseguir, dispone, como aquí disponemos, sin negar con los actos lo que predicamos con la doctrina, el equilibrio de los factores inevitables del país y la obra cordial de todos, para el bienestar común, porque nada menos que ella, y no señoríos pueriles y libertadores a lo inglés, es necesario para el triunfo, en el conflicto posible, y para la paz después del triunfo, y aun para la vida sana de la patria antes de él. ¡Todavía tiene oficio la palabra para recoger de esta noche hermosa,

y levantar como estandarte blanco, la declaración de que no nos animan odios ciegos contra el español, ni hemos de continuar esclavizando con nuestras preocupaciones al hombre negro que redimimos ayer con nuestra bravura, y murió a nuestro lado, no con menor gloria ni mérito que nosotros, por conquistar, para ellos y para nosotros, la libertad! ¡Jamás echaremos de nuestro lado, antes llamaremos con la voz honrada y los brazos de par en par abiertos, al hijo de España que nos ayude a reedificar el pueblo que sus compatriotas destruyen: porque no ha de ser en esa fortuna menos Cuba que los demás pueblos de América, donde el español no vio la libertad con ojos tibios, ni hemos de olvidar que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida!

Y al negro le diremos—porque no hay injuria en decir negro como no la hay en decir blanco—que no está en el ánimo de los que mantenemos el espíritu de revolución, permitir que con odios nuevos y desdenes inconvenientes e indignos de nobles corazones, se pierdan los beneficios de aquella convulsión gloriosa y necesaria, porque nada menos que el ejercicio práctico de las grandezas de la guerra fue preciso para reparar y hacer olvidar la injusticia que la produjo. No nos levantaremos, no, de la mesa del banquete porque se va a sentar un negro a ella, sino que, aplicando a la ley de la política la ley del amor, de que da muestra suma y constante la naturaleza, le diremos lo que me decía Tomás Estrada Palma hablán-

dome de su negro Fernando: “¡Era mi hijo!”; lo que en la majestad de su tienda de campaña decía Ignacio Agramonte de su mulato Ramón Agüero: “Este es mi hermano”.

Y a todos les diremos: Acá en estos fríos hay corazones viriles y probados que no se impacientan por el triunfo ajeno, ni se cansan con la espera forzosa, ni se deslumbran con la osadía vulgar del despotismo, ni se aturden con las intrigas, ni se dejan sacar de camino por la pasión irreflexiva, ni confunden el sentido con el sentimiento, ni sacrificarán su patria a una idea ciega, ni estarán en el destierro ocioso una sola hora, cuando por la perfección de su propia obra, o la brusca interrupción de la ajena, o los insultos repetidos del opresor, reluzca el día en que, despertando los bosques donde cayeron con un ¡viva Cuba! en los labios, saldrán a recibirlos con los brazos abiertos aquellas sombras que protegen, y que protegerán siempre a la patria, de la descomposición que con la ayuda, ¡que con la complicidad de sus hijos soberbios y torpes! adelanta a mano fría el tirano. ¡Púdrase de un lado la Isla, o púdrase toda: aunque eso no ha de ser jamás, porque la tiranía fomenta las virtudes que la matan; porque el recuerdo de los héroes y la urgencia visible de su reaparición desvanece el influjo de los que no lo saben obedecer en quienes arden ya por imitarlos, porque a nuestras almas desinteresadas y sinceras, a nuestras almas que son urnas, que son espadas, que son altares, no llegará jamás la corrupción!

Hoy mismo, evocando recuerdos, me hablaba nuestro presidente de lo que en Cuba presencié un ilustre irlandés. Era la noche. Era la victoria. Teas de júbilo ciñeron de pronto la hoya donde vigilaba el campamento de Calixto García Íñiguez. Ya se acercan los triunfadores, los que han quitado al contrario tres cometas, diecinueve fusiles, ochenta vidas. En la procesión venía, levantado de codos sobre su camilla, un niño glorioso. Traía la pierna atravesada. Era horrenda la boca de la herida. Parecía enmarañada y negruzca, un bosque de sangre. El dolor le iba y venía al niño herido, a Pedro Vázquez, en olas de muerte por el rostro. Todos lo rodeaban con ternura. No bajaba la cabeza. No abría el puño cerrado. Los labios, apretados, para que no se le saliese la queja. Al irlandés le pareció el niño sublime. ¡Nosotros somos, y nadie nos podrá arrebatar la honra de ser, nosotros somos como el niño del campamento! Heridos, en la agonía del destierro, tan cerca del hueso que no nos parece que cuelga más que de un hilo la vida, ni nos quejamos, ni bajamos la cabeza, ni abrimos el puño, ni lo volvemos sobre nuestros hermanos que yerran, ¡ni se lo sacaremos de debajo de la barba al enemigo hasta que deje nuestra tierra libre! Nosotros somos el freno del despotismo futuro, y el único contrario eficaz y verdadero del despotismo presente. Lo que a otros se concede, nosotros somos los que lo conseguimos. Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!

Cubanos:*

Vence en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, al desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero, y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extraviados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero este es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras deben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desmigaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se pospone a la seguridad personal la de la patria. Tribunal somos nosotros aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados. El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros,

* Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1889, *OC*, t. 4, pp. 235-244.

que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como que hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo solo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolorosa, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y determinación: la voz del adolescente, vibrante como el clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber oscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre meritorio que en la hora de explosión vio salir a los héroes de la tierra, y salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándonos, a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime! Porque, aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma, y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire

puro, como remedo de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Sí: aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. ¡Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra!; no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne, y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra. La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para

echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas. El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación, se salvará la patria del exterminio lento: cuando con las virtudes evocadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borrarse, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de Octubre, a la luz del incendio de la casa paterna, con sus hijos de la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la natura-

leza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesaria para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benin defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor: entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, y las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; pero “¿somos nosotros?” se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos, cumplidas en la guerra, y renovados, con caracteres más dañinos que nunca, los celos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene como con restos de energía

la política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia, compite en vano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

¡En pie está el templo, con las palmas por columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan, creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos! Lo que nos ordenan aquellos brazos alzados, lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes, lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse; sino que nos empeñemos en juntar, para la catástrofe inevitable, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odio; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño; que completemos la obra de la Revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa que pudiera venirnos, por

arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia, cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la Isla se propala, la cual manda tener por crimen o necedad toda opinión de cubano sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajustarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política que, con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas! la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son tuyas solo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como tuyas; por lo que, cuando las

manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya, arrogancias semejantes. Ya se están cayendo las estatuas de polvo: ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra: ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüeños para las bofetadas: ya están cumplidas nuestras profecías, y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su política. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí,—porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos,—a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias, que aun cuando no pasara de amor de contemplación no sería censurable, sino vital y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa en la reedificación de la hermosura cuyo desastre se lamenta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar, por sobre nuestras cabezas, el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es esta ocasión de preguntamos si estará bien guardado el espíritu de la Revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud; aunque no se concibe que los que llevaban ya barba en aquella hora difícil, pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que les abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derecho que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna, tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al convencido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeñar aunque milite en campo opuesto, ni halar de la barba que le encaneció en el servicio de sus ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta, y aun se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial,—porque hay uno, o dos, cubanos que lo creen: honra y respeto al que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustra-

do, dirija su política ¡si hay algún previsor ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la miseria, y el recuerdo de lo que pudo, y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente, por el mismo exceso y extremo de la sumisión, a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed, y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel generosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera,—honra y respeto. Pero al que finja, blanqueando el corazón, aquella creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensables para el remedio final; al que prefriere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria, o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo enviciado, y beberle, con anuencia de los letrados, la última sangre; al que

oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostituidos, y pretende demorar la obra sana de la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen recaudo, a esos enemigos de la República, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ¡ni honra ni respeto!

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos, y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos,—de aquellos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal, precipitaría las soluciones de la política real,—el desconsuelo, temible en los pueblos pobres,—la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven, y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que han hecho es a lo que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos, acontece. El miedo no ha resuelto una situación que solo podía resolver el valor. El amo insolente ha

empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desunir sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha logrado el partido autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que solo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado, y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres en quienes más esperanzas tuvieron puestas por largo tiempo los caudillos autonomistas; jamás podré olvidar que luego de haber analizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, “¡Oh, sí!” me dijo: “Usted tiene razón. Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros”. Y este es el problema después diez años: o ellos, o nosotros. Esto me lo decía el prohombre tendido en su cama, como símbolo de su nación, en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el partido autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el parlamento de Madrid, y otra en el parlamento silencioso, por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado, y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente, y como hermano o como amigo al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución,—que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la semejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consuma; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados y los más impacientes del partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y generosa,

que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables de prudencia, aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles,—con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no le asusta morir esperando en la oscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

¿Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran y en esta como en otras partes pudieran ver la independencia con buenos ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español aleccionado que se la ofrece que a los coterráneos incapaces que los desdeñan, por más que todavía palpiten a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre,

con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria! No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe, ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su nacimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no ha podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato veraz con todos aquellos que se hubieran puesto del lado de la libertad contra España, si hubiese citado a guerra común por la libertad, como debió citar, a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubieran defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven—al andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente—¡somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el partido autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, piafando, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que le puede ir de nosotros; y a sus puertas el sable del sargento atrevido, que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden ni preparación, para vencerla

fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí; para evitar con nuestra vigilancia, y con la confianza que a nuestra patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra, por la vehemencia del dolor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos la ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta para salir, sin más riesgo que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que le salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra, rotas para siempre, las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son

tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa, y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello que solo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcan, asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.

Cubanos:*

Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes: yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie y decir: “¡presente!”.

¿Ni qué falta por decir, ni qué soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar a los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan: porque el hombre acude a la fortuna, como el mendigo al sol, y esquiva el sacrificio oscuro y la sombra del silencio; aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el

* Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1890, *OC*, t. 4, pp. 247-255

porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo a brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombro de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene, en angustia heroica, a oír con cariño, a alentar con su presencia, a coronar con su aplauso a los que con el ejemplo de ayer y con la palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es fácil volver, al hijo a quien un decreto superior a la vida manda seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonoran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y qué es lo que dicen estos hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba a sentar, y se sentó al pie de nuestra bandera? A nuestra patria,

de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: “¡Patria, más querida mientras más infeliz, y más bella, mil veces, a nuestros ojos, mientras más débil y abandonada, tu semilla dio fruto; las frentes que besaste te son fieles; la sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos a tu espada empuñadura de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan a tender las manos!”.

Porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos a dejar caer la espada. Epoca de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, e indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entra en revolución no sale de ella hasta que se extingue o la corona. No han entendido que la política científica no está en aplicar a un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas

por ineficaces donde parecían más salvadoras; sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la Revolución era una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando o amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar tanto a los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones, como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crecer e influir en junto. No han entendido que en la guerra, a pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente, los intereses y hábitos criados en su ejercicio, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva,—como que existen, tan graves como antes, las causas de la anterior,—había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, si no es fundar? No es ir de lira o de bonete por

el mundo, trovando y arguyendo, con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde o un barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber continuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, a despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantenemos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman a su patria y quieren ahorrarle males, tener preparado el país para la guerra. Por supuesto que es lícito, y tan patriótico como lo que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve a la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito, y más práctico, continuar: con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis; ni está para ciencias el sentimiento estremecido; ni el ánimo llevado a las alturas por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que hemos

visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda a cuyos brazos no volvió nunca el compañero, permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución que en la academia política fuera menester: aunque a todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política,—porque el sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discretes y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere este público, cuando le vino un estado mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases y muchos cordeles, y muchos cálculos y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: “¡Al diablo las maniobras: arriba y a ellos!”. Pero la política es un arte muy delicado y complejo; y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores: es nuestro pueblo nuestro corazón, que no hemos de querer que nos lo engañen ni nos lo destrocen: a nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un empeño fanático, en foro de leguleyos ineptos o en hato de generales celosos, o en montón de cenizas.

Si se nos salta el corazón ¡cómo no se nos ha de saltar! cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes, en el silencio de los montes, lleno

de consuelos, a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando, que montó a caballo cuando el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto poseía. Si se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento, cuando oímos de algunos labios asombrados, porque de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner en lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luto toda nuestra carne mortal, o sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llama. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos,—¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!— cuando vemos vivo o veneramos muerto, a uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias! —ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como unguidos y consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad: ¡diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican y el corazón de los pueblos es de los que

osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos, cuando, rendidos con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al son del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al zar y Schamyl callaba. Cosacos y kurdos y turcomanos pasaron, vitoreando, de amarillo y de azul, o de espadón al aire y banderola, y Schamyl callaba. Y de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, tendiéndoles desde el alma los dos brazos: “¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!”. Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando a mal esta honrada admiración nuestra, yerra a sabiendas el que diga, como por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone delante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una

tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen a muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonorra cuando deshonorra a los demás; ni a su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse a ella; ni nos conocen a nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuse una de las que nos hubiese quedado de la guerra; si con la golosina de la pereza o el hábito del mando hubiese acabado este o aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición o mercancía de patriotismo; si los que despertaron a nuestra libertad virgen, y la escoltaron diez años por los montes, pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra: otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí, y sabemos por qué estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aun cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería a este o aquel pretendiente militar, errante por oficio o despótico por naturaleza, a quien habría que temer; ni a los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles a la patria por ser fieles a un jefe y traidores al bien público por sumisión servil a su capitán; sino a los hombres civiles sin propósito ni carácter, que por su

pusilanimidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos solo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir. No son los admiradores ciegos del prestigio militar los enemigos más temibles de la república; sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan a ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La historia verdadera no enseña que los pretendientes militares,—que por lo general solo arrollan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente,—sean tanto de temer como los letrados incapaces que en el momento decisivo de la acción, dan tiempo a que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente a la sombra de su autoridad, o le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las

ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si las militares, o las civiles!

Pero si por este lado padecemos, y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza a levantarse desde que la piedra se empieza a formar en la montaña, los que vemos al cubano errante, hijo de la Revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe que no pueden tener los que vinieron a la guerra con el corazón flojo y maleado por la capitania general,—o en los diez años del heroísmo vivieron lejos de él o con los que lo fusilaban,—o no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre, y ven por sí, y en cabeza de otros, los peligros continuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, a ese ingenio cubano nuestro, a la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no oscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente la inju-

ria y desafía, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo a la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid, y su lengua grosera; que a su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos cómo se ha de poner el pecho a cuanto nos parezca amenazar, de fuera o de adentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores; ni imaginamos, crueles y desagradecidos, que el único modo de resolver nuestro problema social es enconarlo. ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volanta y calesero, que no habla con los que van por el mundo a pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas, y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y si les ayuda la justicia pueden volcarnos la volanta. No creemos

que el arte de gobernar un pueblo mixto, en que están unidos por la sangre, y aun por el apego a la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aun cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino a pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego a quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. ¡No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro Olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa para que nos gobierne a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios, vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos! No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez

con unos treinta locos, que llamaron luego “inmaculados”, de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo, a quien el discurso de un poeta libró por cierto de morir, es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra,—la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratados en moda ahora, que aunque le saliesen a España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitoria, que de un modo u otro ha de venirse abajo, sacrificase la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer, y son carne perpetua de su carne; aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del tratado se habría de crear, una liga odiosa, y a la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodaticio del cubano; aunque con el gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país,—¡con la fuerza del pan nuevo le volvería a la sangre dormida la memoria, la dignidad latente asotaría el rostro en

cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazones reanimados el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos; con este cuidado prevenimos; con esas miras preparamos; así adelantamos atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la Isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!". Obra de hombre prometemos. Si el clarín suena de allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos a donde nos llame el clarín. Y si por la timidez continua de los intereses esperanzados,—o por el freno que a la

guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles, —o por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad,—o porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés que nos está comiendo ya las carnes;—si por habilidad de nuestro opresor o culpa nuestra, se fueran dividiendo allí los que se debieran unir, y cayéndose a tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar,—aquí de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!

Cubanos:*

No venimos aquí como gusanos, a empinarnos sobre el sauce heroico; ni a cantar en sus ramas lindamente, como sinsontes vocingleros; ni a fiar, como bonzos, la suerte del país de nuestras entrañas al buitre que acecha ya la gangrena que corroe; ni a proclamar, con el reloj de arena sobre nuestras cabezas, que llegó la hora de la descomposición y del espanto, ni a tañer en la mandolina patrióticas serenatas a balcones que no se quieren abrir. Venimos a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que las jornadas que se andan en la sombra son también jornadas; que con las orejas caídas y los belfos al pesebre no se fundan pueblos; que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabaIgadura, pero que la cincha se la hemos puesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes! La miseria cría magníficos jinetes. La visión del padre glorioso hace jinete al hijo. Lo que pudo una generación muelle y ofendida, que desconocía el poder que mostró, lo podrá una generación trabajadora y ofendida, que conoce su poder. ¡A caballo venimos este año, lo mismo que el pasado, solo que

* Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1891, *OC*, t. 4, pp. 259-266.

esta caballería anda por donde se vence, y por donde no la oye andar el enemigo!

Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fue tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime, se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas o del festín de la fortuna salieron arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la redención de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego. ¡A todos

los valientes, salud, y salud cien veces, aunque se hayan empequeñecido o equivocado!

Y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído a aquella fe cordial y serena: a aquella determinación definitiva e inquebrantable: a aquella fraternal e indulgente disposición del ánimo, a aquella prudencia considerada y equitativa, que no pueden perturbar los gobernantes españoles, deseosos de revueltas prematuras,—ni el desaliento propio de los que tienen, allá en la Isla, encendida el alma heroica en un desierto moral, —ni la censura de los que desconocen en los demás la eficacia del brío que se ha entibiado ya en su corazón. No estamos aquí, pujando la oportunidad, para caer mañana, como rancheros, sobre la patria del alma; ni levantando, a pura excomunió, un partido cubano que humille a los cubanos; ni peleando, como gauchos mortales, por el señorío de la tierra espantada; ni negando apoyo a la guerra que otros pudiesen preparar, por el pecado de no haberla preparado nosotros; ni comiéndoles los pies a los culpables de amor y de luz. No soñamos aquí en una patria de corrillo, donde el goce voluntario o casual de la libertad del extranjero dé privilegio de virtud sobre los que viven tan fieles a su ideal como nosotros al alcance del cadalso: no vivimos aquí contando los defectos, sino las virtudes. ¡Llena tenemos la memoria de nombres queridos que no dicen los labios! ¡Abiertos, tenemos los brazos para aquellos cuyo nombre amado no osa escribir nuestra

pluma! ¡Dispuestos están en nuestro corazón los asientos de fiesta para muchos huéspedes ausentes! Otros descontarían de las listas del triunfo a los que, por legítimo temor o por enfermedad del ánimo, no acudiesen en la hora difícil a defendernos la bandera; otros distribuirían, con el ojo rapante, los beneficios de la victoria entre los criados sumisos a su mandato; otros tacharían con acritud a los que, por incompleta educación política, o por falta de paciencia, o por aquella sincera desconfianza de sí que viene a los hombres de una larga vida de disimulo y dependencia, buscan en un poder extraño la salvación que no saben sacar de su voluntad; otros, con resabios de dueño, andarán sobre las puntas de los pies, para no lastimarse el charol, por entre las sepulturas donde cayeron de su brega de héroes, envueltos en el mismo pabellón, los negros y los blancos: ¡nosotros no somos aquí más que el corazón de Cuba, en donde caben todos los cubanos!

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola,—sin más excepción que uno u otro pedrusco, o uno u otro veneno,—los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción, que pudimos muchas veces precipitar o extraviar, a los períodos de aquella convalecencia dolorosa por donde, en cuanto le acaben de crecer los cabellos, ha de

volver a nuestra patria la salud; hemos reunido en la obra de todos los días, con la proporción debida al derecho humano y a su importancia real, los componentes sin cuya colaboración afectuosa no puede aunarse en la libertad durable nuestra tierra heterogénea; hemos inspirado en los pueblos de nuestra familia aquel cariño y estimación profundos que convienen para que no tropiece en su enemistad o en su indiferencia la obra de nuestra redención, por donde la familia se completa y asegura; hemos cerrado el paso de la patria, sin ira y sin temor, a las correrías que por su origen, o por sus métodos, o por sus resultados, fueran indignas de ella: y cuando ya no queda de una política imprevista más que el escarmiento saludable y la cólera útil, cuando la liga floja y temporal del alma cubana con un sistema extraño a su constitución y a los que lo habían de permitir, solo deja tras sí al desvanecerse, un silencio desordenado y sombrío, o la demanda de una nueva esclavitud, ni blandimos el marchamo para señalar las frentes culpables del terrible desorden espiritual, ni les señalamos con mano rencorosa la agonía de un pueblo que pudo mantenerse, y se debió mantener, en la campaña de la prudencia, disciplinado para la de la resolución; sino que abrimos los brazos, pensando solo en que somos pocos, aun cuando fuésemos todos, para reparar el tiempo perdido, para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes, para correr el hilo misterioso por los corazones; y a cuantos sufren como nosotros del dolor del país, y aspiran como nosotros

a levantarlo de él, a todos les decimos, con los brazos abiertos: Aquí velábamos; aquí aguardábamos; aquí anticipábamos; aquí ordenábamos nuestras fuerzas; aquí nos ganábamos los corazones; aquí recogíamos y fundíamos y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos, al alma que se desmigajaba en el país!

Con el dolor de toda la patria padecemos, y para el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías, ni caeremos otra vez en el peligro del entusiasmo desordenado ni de las emulaciones criminales. Todo lo sabemos y todo lo evitaremos. Razón y corazón nos llevan juntos. Ni nos ofuscamos, ni nos acobardamos. Ni compelemos, ni excluimos. ¿Qué es la mejor libertad sino el deber de emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? ¿A qué somos, fuera de Cuba, una legión hecha a la tempestad, sino para amparar con nuestros cuerpos a los que sufren de miedo de mujer? ¡El hábito de ceder embota la capacidad de osar! ¡Cedan el paso los tímidos estériles a los prudentes que han sabido respetarlo! ¿A qué vivimos, unidos al fin con alma igual para el rescate juicioso y cruento; a qué vivimos, los que hemos fundado en la arena y dejado señales en la roca, sino para mostrar que el patriotismo cubano sacó de la derrota la ciencia política necesaria para no caer otra vez en ella? ¿Qué somos, sino práctica viva, sin aquel funesto divorcio de antes entre los indecisos acá y los arremetedores allá, de aquella patria

sana venidera en que no ha de haber ¡porque no los ha de haber! ni soberbias de capital, ni recelos de terruño? ¿Qué somos ya, fuera de Cuba, sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible, como han de ser los pueblos destinados a la felicidad en las repúblicas? ¡Pero es cierto que el hombre vanidoso niega o censura las virtudes difíciles que no se atreve a cultivar: es cierto que las primeras señales de los pueblos nacientes, no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanas!

¿Y esto hacemos aquí, y labramos aquí sin alarde un porvenir en que quepamos todos, y tendremos aquí la mansedumbre de mirar como nuestros a los que nos desoyen, y amar a los que nos desaman? ¿Qué somos aquí, cubanos o enemigos de Cuba? ¿Aventureros, o patriotas? ¿Merodeadores, o redentores? ¿Y qué sabemos nosotros si eso es desamor, o si es que ya nos buscan en silencio, acaso sin sentir cómo el corazón se les va oreando, y no han hallado aún el modo de decirnos que nos aman? ¡Vayan alzando el pecho a la callada, que de aquí iremos poniendo a su compás nuestro ímpetu! ¿No se viene la tierra por nuestro camino? La esposa, transportada de ira, ¿no le dice al esposo: “¡vete, vete, criollo infeliz, a donde haya trabajo y justicia!”?; los más hechos a aquel pan villano, y los que le han sacrificado más, ¿qué son sino sombras de miseria, y fantasmas en casas vacías?: los hijos de los ricos, después de una vida inútil de vaqueros, ¿no vienen a pedir la limosna de la vida a los pueblos

extraños?: los de ahora, los de sangre nueva, ¿no levantan en sus hombros, y pasean en triunfo, por la ley de honra que es más fuerte que el miedo, a los que vieron de cara al sol en los días gloriosos?: y los gobernantes espantados, ¿no arrancan de las manos a los niños las escopetas de jugar con que se ensayan en el viento? ¡La tierra se viene por nuestro camino, y los de allá y los de acá no tenemos más que hacer que juntar, con prudencia, nuestros corazones!

¡Cunda allá, de alma en alma, este fuego domado que nos nutre y enciende; medite, cada uno a solas, en esta fe tranquila y vigilancia seria y ternura de nuestro cariño fraternal; sepan que, en la agonía en que los ha puesto el triunfo aniquilador de un dueño incorregible, y la confianza desordenada en una política fantástica y artificial, vela por ellos, sangra con ellos, purifica para ellos, funda para ellos, con precisión de problema científico y conocimiento entero de la realidad, un pueblo ausente en que se han llegado a fundir, en diez años de estudio y de sacrificio, en diez años de equidad y de precisión, el más puro anhelo heroico y la más severa disciplina pública!

¡Ni esperen, para tener noticias nuestras, aquellos infantiles organismos revolucionarios de antes que fueron grandes en su día, y hoy, cubiertos por el espionaje, no serían más que semilleros para el cadalso! ¡Amamos mucho a los cubanos nuevos para ponerlos en peligro así! Lo que es, es, y lo sabemos acá; pero es preferible que, por falta de obra

patente nos crean inactivos, a que caiga una sola cabeza de cubano, por el prurito de alardear de organizadores. Busquemos, uno a uno, quien nos desee; mándenos ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe: veamos aquí, como lo estamos viendo, que el alma de la Isla, renovada en la espera, se encrespa y se decide: venga a nosotros, por sí y como le parezca bien, el alma de allá que se nos quiera venir; ¡clubs de espíritus es lo que queremos, y los nombramientos que firma el valor, y los compromisos que se le juran a solas a la conciencia, y aquella determinación cauta y viril con la que no puede traficar el espía, y en la que no tiene dónde asir el asesino! ¡Esté el alma en pie, para cuando le llevemos la mitad del alma!

Peligros, es claro que los tenemos, y ni uno solo nos es extraño, y los hay grandes; pero, ¿conocer los peligros, no es el primer paso ya para vencerlos? Y la determinación de ajustar nuestros métodos a nuestros componentes ¿no es prenda de que los factores del país, satisfechos en su justa relación, no se alzarán, como la vez pasada, contra la falta de ella? En este estudio asiduo, en esta indulgencia constante, en este apego a toda la realidad, está el espíritu, y ha de estar la salvación de nuestra guerra nueva. Nada nos es desconocido de los obstáculos de afuera o de adentro, ni nada de lo que nos puede ayudar. Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, y arey al aire. Estima-

mos con afectuosa cautela aquel mismo talento timorato,—pero útil en lo futuro por su preparación crítica y estudio sosegado del arte de gobierno,—de los que en Cuba han vivido con aquel exceso de mente, sin válvula de acción, que vicia y desequilibra el carácter. Observamos, con júbilo como de cosa propia, en los cubanos de todas condiciones y colores, aquella laboriosidad tenaz, aquella crítica vehemente, aquel ejercicio de sí propio, aquel decoro inquieto por donde se preservan y salvan las repúblicas. Reconocemos—¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gainza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insua en New York?—reconocemos el valor político del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día: ¡y nuestra estimación por el español bueno, solo iguala a nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre! Y en nosotros mismos sentimos la fuerza serena que da el hábito del sacrificio. Ni a nosotros mismos nos tememos, porque sabemos que nuestro error es menos que nuestra virtud; ni tememos a esos peligros de América tan decantados: porque venimos después de ellos,—y ni la América ni nosotros hemos vivido en vano,—¡y estamos al quite!

Ni sueño pueril, ni evocación retórica, es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser, y escena de verdadera profecía. ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los

días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes,—los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios, como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas,—nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos,—ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza,—fundamos en el concepto uno y superior del país común,—que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia,—las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales!—¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logreros de la palabra y del valor,—y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos! ¡Ah, los días buenos...! ¡ya me parece ver brillar el sol sobre las estatuas de los héroes, y sobre el pórtico de palmas de mármol!

¡De veras que se nos habla demasiado de peligros! ¡Pues esta tierra que pisamos, qué fue hace tres siglos, sino un barquichuelo, cargado de cañones y de mujeres, que vino, en el hambre y en la tormenta, más pobre que nuestra pobreza mayor, huyendo de donde no se podía amar la libertad? Y la protesta religiosa, que lo puso en la vía de la política, y dan los cuentos eruditos como la única semilla de libertad viable; ¿qué fue sino obra de un monje guitarrero, con ríos de sangre por venas, y naciones frenéticas y convulsas por pedestal, y hecatombes humeantes por antorchas? ¡Esos cómodos, y esos liberales de aguamiel! ¡Sangre, el que aspire! ¿Para qué somos hombres, sino para mirar cara a cara a la verdad? ¡Dése lo justo, y no se nos pedirá lo injusto! El que a ser hombre tenga miedo, póngase de alquiler, con el ambicioso que lo use y lo pague, y le defienda la casta o la mala propiedad. ¡Para otros no hay goce mayor que el de ver cómo el hombre se redime y crece...! Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus impetus e intereses? Vea el que desconfíe a la naturaleza equilibrada y triunfante. Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos, y pestaña la lechuza desde la torre de los campanarios; pero el sol sigue alumbrando los ámbitos del mundo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra.

Y si nos preguntan dónde está la forma visible de esta energía y política nuestra, dónde el alarde infantil que degrada a los sensatos, dónde la autoridad ostentosa que levanta recelos y pone en lucha las localidades, dónde la fogata imprudente que descubre el campo al enemigo,—responderemos con el recuerdo de una maravilla que anda escrita en un libro de victorias. Cuentan de un coronel que en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y a fuga el coronel descabezado! Pues así somos nosotros amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Éntrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derrótelo, aunque no se les vean a los jefes la cabeza!

ANEXO*

Familiares aquí presentes de los héroes de nuestras luchas por la independencia;

Invitados;

Compañeros y compañeras que ostentan aquí esta noche la representación de todos los rincones del país:

Ninguna otra ocasión revistió la importancia de la conmemoración del día de hoy. Y al parecer la naturaleza nos someterá una vez más a una pequeñísima prueba, si se quiere porque ella se suma a esta misma conmemoración si recordamos que precisamente después de la proclamación de la independencia de Cuba, cuando los primeros mambises se dirigían hacia el pueblo de Yara, también aproximadamente a esta misma hora un copioso aguacero realizó con ellos —simbólicamente— el primer precedente de sacrificio. Y que, por cierto, como nuestros primeros mambises en aquellos instantes no poseían más que unas cuantas escopetas de cartuchos e iban a realizar su primer combate, el agua mojó los cartuchos y las armas no pudieron disparar aquella noche; aquella noche

* Fidel Castro Ruz: Discurso pronunciado en la velada conmemorativa de los cien años de lucha, efectuada en La Demajagua, Monumento Nacional, Manzanillo, Oriente, el 10 de octubre de 1968. Tomado del Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario [En línea], <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f141091e.html> [consultado: 8 de marzo de 2011.]

en que se derramó también la primera sangre cubana en la lucha de los cien años, y que se empaparon por primera vez aquellos hombres, cuya vida a lo largo de diez años fue una vida de increíbles privaciones.

Hoy —les decía— nuestro pueblo conmemora aquella fecha al cumplirse cien años. Y este primer centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra patria es para nosotros la más grande conmemoración que ha tenido lugar en la historia de nuestro país.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de Octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra patria esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868 (APLAUSOS). Y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

No hay, desde luego, la menor duda de que Céspedes simbolizó el espíritu de los cubanos de aquella época, simbolizó la dignidad y la rebeldía de un pueblo —heterogéneo todavía— que comenzaba a nacer en la historia.

Fue Céspedes, sin discusión, entre los conspiradores de 1868 el más decidido a levantarse en armas. Se han elaborado algunas interpretaciones de su actitud, cuando en la realidad su conducta tuvo una exclusiva motivación. En todas las reuniones de los conspiradores Céspedes siempre se había manifestado el más decidido. En la reunión efectuada el 3 de agosto de 1868, en los límites de Tunas y Camagüey, Céspedes propuso el levantamiento inmediato. En reuniones ulteriores con los revolucionarios de la provincia de Oriente, en los primeros días de octubre, insistió en la necesidad de

pasar inmediatamente a la acción. Hasta que por fin el 5 de octubre de 1868, en una reunión en el ingenio —si mal no recuerdo— “Rosario”, los más decididos revolucionarios se reunieron y acordaron el alzamiento para el 14 de octubre.

Es conocido históricamente que Céspedes conoció en este lugar de un telegrama cursado el 8 de ese mismo mes por el Gobernador General de Cuba dando instrucciones a las autoridades de la provincia de arrestar a Carlos Manuel de Céspedes. Y Carlos Manuel de Céspedes no les dio tiempo a las autoridades, no les permitió a aquellas tomar la iniciativa, e inmediatamente, adelantando la fecha, cursó las instrucciones correspondientes y el 10 de octubre, en este mismo sitio, proclamó la independencia de Cuba.

Es que la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó, en su inmensa mayoría, en la prisión o en el cadalso.

Es incuestionable que Céspedes tuvo la clara idea de que aquel alzamiento no podía esperar demasiado ni podía arriesgarse a recorrer el largo trámite de una organización perfecta, de un ejército armado, de grandes cantidades de armas, para iniciar la lucha, porque en las condiciones de nuestro país en aquellos instantes resultaba sumamente difícil. Y Céspedes tuvo la decisión.

De ahí que Martí dijera que “de Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud”, aunque hubo también mucho de ímpetu en Agramonte y mucho de virtud en Céspedes. Y el propio Martí expresó en una ocasión, explicando la actitud de Céspedes, sus discrepancias sobre el aplazamiento del movimiento con otros revolucionarios, diciendo que “aplazar era darles tal vez la oportunidad a las autoridades coloniales vigilantes para echárseles encima”.

Y los hechos históricos demostraron que aquella decisión era necesaria, que aquella resolución iba a prender precisamente la chispa de una heroica guerra que duró diez años; una guerra que se inició sin recursos de ninguna clase por un pueblo prácticamente desarmado, que desde entonces adoptó la clásica estrategia y el clásico método para abastecerse de armas, que era arrebatándoselas al enemigo.

En la historia de estos cien años de lucha no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática: y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

Y esta realidad, este hecho, se demostró en todas nuestras luchas, en todas nuestras guerras.

Cuando al iniciarse la lucha de 1895 Maceo desembarca por la zona de Baracoa, lo acompañaban un puñado de hombres y unas pocas armas. Y cuando Martí, con Máximo Gómez, desembarca en un lugar de la costa sur de Oriente, áspero y duro, en una noche oscura y tormentosa, venía también acompañado de un exiguo grupo de combatientes. No llevaba un ejército detrás. El ejército estaba aquí, en el pueblo; y las armas estaban aquí, en manos de los dominadores.

Y cuando apenas algunos días más tarde avanzaron por el interior de la provincia, se encontraron a José Maceo con una numerosa tropa combatiendo en las inmediaciones de

Guantánamo, y más adelante a Antonio Maceo, que después del desembarco se había quedado absolutamente solo por las montañas y los bosques de Baracoa —¡absolutamente solo!—, y que unas cuantas semanas después recibía a Máximo Gómez y a Martí con un ejército de 3 000 orientales organizados y listos para combatir.

Estos hechos nos brindaron un ejemplo extraordinario y nos enseñaron en días también difíciles. Cuando no había recursos, cuando no había armas, pero sí un pueblo en el cual se confiaba, estas circunstancias no fueron tampoco un obstáculo para iniciar la lucha.

Y este es un ejemplo no solo para los revolucionarios cubanos, es un ejemplo formidable para los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

Nuestra Revolución, con su estilo, con sus características esenciales, tiene raíces muy profundas en la historia de nuestra patria. Por eso decíamos, y por eso es necesario que lo comprendamos con claridad todos los revolucionarios, que nuestra Revolución es una revolución, y que esa Revolución comenzó el 10 de Octubre de 1868 (APLAUSOS).

Este acto de hoy es como un encuentro del pueblo con su propia historia, es como un encuentro de la actual generación revolucionaria con sus propias raíces. Y nada nos enseñará mejor a comprender lo que es una revolución, nada nos enseñará mejor a comprender el proceso que constituye una revolución, nada nos enseñará mejor a entender qué quiere decir revolución, que el análisis de la historia de nuestro país, que el estudio de la historia de nuestro pueblo y de las raíces revolucionarias de nuestro pueblo.

Quizás para muchos la nación o la patria ha sido algo así como un fenómeno natural, quizás para muchos la nación

cubana y la conciencia de nacionalidad existieron siempre, quizás muchos pocas veces se han detenido a pensar cómo fue precisamente que se gestó la nación cubana y cómo se gestó nuestra conciencia de pueblo y cómo se gestó nuestra conciencia revolucionaria.

Hace cien años no existía esa conciencia, hace cien años no existía la nacionalidad cubana, hace cien años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común. Nuestro pueblo hace cien años era una masa abigarrada constituida, en primer término, por los ciudadanos de la potencia colonial que nos dominaba; una masa enorme también de ciudadanos nacidos en este país, algunos descendientes directos de los españoles, otros descendientes más remotos, de los cuales algunos se inclinaban a favor del poder colonial y otros eran alérgicos a aquel poder; una masa considerable de esclavos, traídos de manera criminal a nuestra tierra para explotarlos despiadadamente cuando ya los explotadores habían aniquilado virtualmente la primitiva población aborígen de nuestro país.

Y desde luego, los dueños de las riquezas eran, en primer lugar, los españoles; los dueños de los negocios y los dueños de las tierras. Pero también había descendientes de los españoles, llamados criollos, que poseían centrales azucareros y que poseían grandes plantaciones. Y por supuesto que en un país en aquellas condiciones en que la ignorancia era enorme, el acceso a los libros, el acceso a la cultura lo tenían un número exiguo y reducido de criollos procedentes precisamente de esas familias acaudaladas.

En aquellas primeras décadas del siglo pasado, cuando ya el resto de la América Latina se había independizado de la colonia española, permanecía asentado sobre bases sólidas el

poder de España en nuestra patria, a la que llamaban la última joya y la más preciada joya de la corona española.

Fue ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina.

Se sabe que en la mente de los libertadores de América Latina se albergó también la idea de enviar a Cuba un ejército a liberarnos. Pero ciertamente aquí todavía no había una nación que liberar sencillamente porque no había nación, no había un pueblo que liberar porque no existía pueblo con la conciencia de la necesidad de esa libertad.

Y en aquellos primeros años del siglo pasado, en la primera mitad del siglo pasado, las ideas que los sectores con más cultura de la población, los sectores capaces de elaborar algunas formulaciones políticas, las ideas enarboladas por ellos no eran precisamente la idea de la independencia de Cuba.

Por aquellos tiempos se discutía fundamentalmente el problema de la esclavitud. Y los terratenientes, los ricos, la oligarquía que dominaba en nuestro país, bien española o bien cubana, estaba poseída de un enorme temor a la abolición de la esclavitud; es decir que sus intereses como propietarios, sus intereses como clase, y pensando exclusivamente en función de esos intereses, la conducía a pensar en la solución de la anexión a Estados Unidos de Norteamérica.

Así surgió una de las primeras corrientes políticas, que se dio en llamar la corriente anexionista. Y esa corriente tenía un fundamento de carácter económico: era el pensamiento de una clase que consideraba el aseguramiento de esa institución oprobiosa de la esclavitud por la vía de anexionarse a Estados Unidos, donde un grupo numeroso de Estados mantenía la misma institución. Y como ya se suscitaban las contradicciones entre los Estados del sur y del norte por

el problema de la esclavitud, los políticos esclavistas del sur de Estados Unidos alentaron también la idea de la anexión a Cuba, con el propósito de contar con un Estado más que ayudase a garantizar su mayoría en el seno de Estados Unidos, su mayoría parlamentaria.

Esa es la raíz de aquella expedición a mediados de siglo, dirigida por Narciso López.

Cuando nosotros estudiábamos en las escuelas, nos presentaban a Narciso López como un patriota, nos presentaban a Narciso López como un libertador. Tantas cosas nos presentaron de una manera increíblemente torcida, que se nos hizo creer en nuestros años de escolares —y ya supuestamente establecida la República de Cuba—, se nos hacía creer que Narciso López había venido a libertar a Cuba, cuando ciertamente Narciso López vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos a tratar de conquistar un Estado más para precisamente servir de apoyo a la más inhumana y retrógrada institución, que era la institución de la esclavitud.

Martí en una ocasión calificó aquella expedición de infeliz, organizada precisamente por esos intereses. De manera que en aquel entonces las corrientes anexionistas adquirieron considerable fuerza en el seno de nuestro país.

Y es preciso que lo tengamos en cuenta porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba.

En determinados momentos las corrientes anexionistas fueron perdiendo fuerza, y surgieron entonces otras corrientes frente a la política española en nuestra patria, que se dio en llamar el reformismo, que propugnaba no la lucha por la independencia de Cuba, sino por determinadas reformas dentro de la colonia española.

Todavía realmente no había surgido en la realidad una corriente independentista, una corriente verdaderamente independentista. Los engaños y las burlas reiteradas del régimen colonial español llevaron al ánimo y a la conciencia de un reducido grupo de cubanos, de criollos pertenecientes por cierto a sectores acomodados, poseedores de riquezas, poseedores a la vez de cultura, de amplia información acerca de los procesos que tenían lugar en el mundo, que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial.

Mas nadie piense que aquel núcleo de cubanos estaba obligadamente llamado a contar con el apoyo mayoritario de la población, que podía contar con un respaldo grande a la hora de la lucha, porque —como dijimos anteriormente— en aquellos instantes la conciencia de la nacionalidad no existía.

Y entre los sectores que ostentaban la riqueza de origen criollo, había un factor que los dividía profundamente. Los españoles lógicamente estaban contra las reformas y, aún más, contra la independencia. Pero muchos criollos ricos estaban también contra la idea de la independencia, puesto que los separaba de las ideas más radicales el problema de la esclavitud. Por lo que puede decirse que el problema de la esclavitud fue una cuestión fundamental que dividía profundamente a los elementos más radicales, más progresistas, de los criollos ricos, de aquellos elementos que, calificándose también de criollos —todavía no se hablaba propiamente de cubanos— se preocupaban por encima de todo de sus intereses económicos, como es lógico; se preocupaban por encima de todo por mantener la institución de la esclavitud. Y de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier

cosa menos la idea de la independencia y la idea de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada.

Y esto constituye una cuestión muy importante, porque vemos cómo esta historia se va a repetir periódicamente, esta contradicción, a lo largo de los cien años de lucha.

De manera que el reducido núcleo —que bien podía comenzar a considerarse patriota— del sector acaudalado e ilustrado de los hombres nacidos en este país, ese núcleo decidido a lanzarse a la conquista de sus derechos por la vía de las armas, tenía que enfrentarse a esa compleja situación, a esas hondas contradicciones que necesariamente conducirían su causa a una lucha dura y larga. Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar, de que solo había un camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias, y su decisión de abolir la esclavitud.

Y hoy tal vez pueda parecer fácil aquella decisión, pero aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad que era genuinamente esclavista.

Por eso lo que engrandece a Céspedes es no solo la decisión adoptada, firme y resuelta de levantarse en armas, sino el acto con que acompañó aquella decisión —que fue el primer acto después de la proclamación de la independencia—, que fue concederles la libertad a sus esclavos, a la vez que proclamar su criterio sobre la esclavitud, su disposición a la abolición de la esclavitud en nuestro país, aunque si bien condicionando en los primeros momentos aquellos pronun-

ciamientos a la esperanza de poder captar el mayor apoyo posible entre el resto de los terratenientes cubanos.

En Camagüey los revolucionarios desde el primer momento proclamaron la abolición de la esclavitud, y ya la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, consagró definitivamente el derecho a la libertad de todos los cubanos, aboliendo definitivamente la odiosa y secular institución de la esclavitud.

Esto, desde luego, dio lugar —como ocurre siempre en muchos de estos procesos— a que muchos de aquellos criollos ricos, que vacilaban entre apoyar o no apoyar a la Revolución, se abstuvieron de ayudar a la Revolución, se apartaron de la lucha, y de hecho comenzaron a cooperar con la colonia. Es decir que en la medida en que la Revolución se radicalizó se quedó más aislado aquel grupo de cubanos, aquel grupo de criollos, que, desde luego, ya empezaron a contar con los únicos capaces de llevar adelante aquella Revolución, que eran los hombres humildes del pueblo y los esclavos recién liberados.

En aquellos primeros momentos del inicio de la lucha revolucionaria en Cuba, empezaron a cumplirse indefectiblemente las leyes de todo proceso revolucionario, empezaron a producirse las contradicciones, y comenzó el proceso de profundización y radicalización de las ideas revolucionarias que ha llegado hasta nuestros días.

En aquel tiempo, desde luego, no se discutía el derecho a la propiedad de los medios de producción. Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir aquel derecho, aquella Revolución —revolución radical desde el instante en que suprime un privilegio de siglos,

desde el momento en que suprime aquel supuesto derecho consagrado por siglos de existencia— llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país, y a partir de ese momento, por primera vez, se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que levantados en armas luchaban contra la colonia española.

Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra. Sabido es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios tan grandes, tan increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha. E ignorar esos sacrificios es un crimen contra la justicia, es un crimen contra la cultura, es un crimen para cualquier revolucionario.

Nuestro país solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina —que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española— yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española; nuestro país solo, y no todo el país sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante diez años a una potencia europea todavía poderosa que podía contar —y contó— con cientos de miles de hombres perfectamente armados para combatir a los revolucionarios cubanos.

Es conocida la falta casi total de auxilio desde el exterior. Es conocida la historia de las divisiones en el exterior, que dificultaron y por último imposibilitaron el apoyo de la emigración a los cubanos levantados en armas. Y sin embargo, nuestro pueblo —haciendo increíbles sacrificios, soportando

heroicamente el peso de aquella guerra, rebasando los momentos difíciles— logró ir aprendiendo el arte de la guerra, fue constituyendo un pequeño pero enérgico ejército que se abastecía de las armas de sus enemigos.

Y empezaron a surgir del seno del pueblo más humilde, de entre los combatientes que venían del pueblo, de entre los campesinos y de entre los esclavos liberados, empezaron a surgir por primera vez del seno del pueblo oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario. Empezaron a surgir los patriotas más virtuosos, los combatientes más destacados, y así surgieron los hermanos Maceo, para citar el ejemplo que simboliza a aquellos hombres extraordinarios.

Y al cabo de diez años aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo; es decir, ese enemigo —que también fue un elemento constante en el proceso revolucionario— dio al traste con aquella lucha.

Sabido es que, por ejemplo, Máximo Gómez después de invadir la provincia de Las Villas y obtener grandes éxitos militares fue prácticamente expulsado de aquella provincia por el regionalismo y por el localismo. No es esta la oportunidad de analizar el papel de cada hombre en aquella lucha, interesa analizar el proceso y dejar constancia de que la discordia, el regionalismo, el localismo y el caudillismo dieron al traste con aquel heroico esfuerzo de diez años.

Pero también es forzoso reconocer que no se les podía pedir a aquellos cubanos —a aquellos primeros cubanos que comenzaron a fundar nuestra patria— el grado de co-

nocimiento y experiencia política, el grado de conciencia política; más que conciencia —porque ellos tenían profunda conciencia patriótica— el grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque nosotros no podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy. Porque cosas que hoy son absolutamente claras, verdades incuestionables, no lo eran ni lo podían ser todavía en aquella época. Las comunicaciones eran difíciles, los cubanos tenían que luchar en medio de una gran adversidad, incesantemente perseguidos y, desde luego, no podía pedírseles que en aquel entonces no se suscitara estos problemas —problemas que se volvieron a suscitar en la lucha de 1895, problemas que se volvieron a suscitar en la segunda mitad de este siglo a lo largo del proceso revolucionario.

Pero cuando debilitadas las fuerzas cubanas por la discordia arreció el enemigo su ofensiva, entonces también empezaron a evidenciarse las vacilaciones de aquellos elementos que habían tenido menos firmeza revolucionaria. Y es en esos instantes —en el instante de la Paz del Zanjón, que puso fin a aquella heroica guerra— cuando emerge, con toda su fuerza y toda su extraordinaria talla, el personaje más representativo del pueblo, el personaje más representativo de Cuba en aquella guerra, venido de las filas más humildes del pueblo, que fue Antonio Maceo (APLAUSOS).

Aquella década dio hombres extraordinarios, increíblemente meritorios, comenzando por Céspedes, continuando por Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García, e infinidad de figuras que sería interminable enumerar. Y no se trata de medir ni mucho menos los méritos de cada cual —que fueron méritos extraordinarios— sino simplemente de explicar

cómo se fue desarrollando aquel proceso y cómo en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada, simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel Pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo declarando que no acepta el Pacto del Zanjón. Y efectivamente, continúa la guerra.

Ya incluso después de haberse llegado a los acuerdos Maceo libra una serie de combates victoriosos y aplastantes contra las fuerzas españolas. Pero en aquel momento Maceo, reducido a su condición de jefe de una parte de las tropas de la provincia de Oriente, Maceo negro —cuando todavía subsistía mucho el racismo y los prejuicios— no pudo contar naturalmente con el apoyo de todo el resto de los combatientes revolucionarios, porque desgraciadamente todavía entre muchos combatientes y muchos dirigentes de aquellos combatientes subsistía el prejuicio reaccionario e injusto. Por eso, aunque Maceo en aquel momento salva la bandera, salva la causa y sitúa el espíritu revolucionario del pueblo naciente de Cuba en su nivel más alto, no pudo, pese a su enorme capacidad y heroísmo, seguir manteniendo aquella guerra y se vio en la necesidad de hacer un receso en espera de las condiciones que le permitiesen reanudar otra vez el combate.

Pero la derrota de las fuerzas revolucionarias en 1878 trajo también sus secuelas políticas. A la sombra de la derrota, a la sombra del desengaño, otra vez de nuevo aquellos sectores, representantes décadas atrás de la corriente anexionista y de

la corriente reformista, volvieron a la carga para propugnar una nueva corriente política, que era la corriente del autonomismo, para oponerse, naturalmente, a las tesis radicales de la independencia y a las tesis radicales acerca del método y del único camino para obtener aquella independencia, que era la lucha armada.

De manera que después de la Guerra de los Diez Años, en el pensamiento político, o en la historia del pensamiento político cubano, surge de nuevo la corriente pacifista, la corriente conciliatoria, la corriente que se opone a las tesis radicales que habían representado los cubanos en armas. De la misma manera vuelven a surgir las corrientes anexionistas en un grado determinado, corrientes incluso en los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años, cuando todavía muchos cubanos ingenuamente veían en la nación norteamericana el prototipo del país libre, del país democrático, y recordaban sus luchas por la independencia, la Declaración de la Independencia de Washington, la política de Lincoln; todavía había cubanos a principios de la guerra de 1868 que tenían resabios o residuos de aquella corriente anexionista, que fue desapareciendo en ellos a lo largo de la lucha armada.

Se inicia una etapa de casi veinte años entre 1878 y 1895. Esa etapa tiene también una importancia muy grande en el desarrollo de la conciencia política del país. Las banderas revolucionarias no fueron abandonadas, las tesis radicales no fueron olvidadas. Sobre aquella tradición creada por el pueblo de Cuba, sobre aquella conciencia engendrada en el heroísmo y en la lucha de diez años, comenzó a brotar el nuevo y aún más radical y avanzado pensamiento revolucionario.

Aquella guerra engendró numerosos líderes de extracción popular, pero también aquella guerra inspiró a quien

fue sin duda el más genial y el más universal de los políticos cubanos, a José Martí (APLAUSOS).

Martí era muy joven cuando se inició la Guerra de los Diez Años. Padeció cárcel, padeció exilio; su salud era muy débil, pero su inteligencia extraordinariamente poderosa. Fue en aquellos años de estudiante paladín de la causa de la independencia, y fue capaz de escribir algunos de los mejores documentos de la historia política de nuestro país cuando prácticamente no había cumplido todavía veinte años.

Derrotadas las armas cubanas, por las causas expresadas, en 1878, Martí se convirtió sin duda en el teórico y en el paladín de las ideas revolucionarias. Martí recogió las banderas de Céspedes, de Agramonte y de los héroes que cayeron en aquella lucha de diez años, y llevó las ideas revolucionarias de Cuba en aquel período a su más alta expresión. Martí conocía los factores que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, analizó profundamente las causas, y se dedicó a preparar la nueva guerra. Y la estuvo preparando durante casi veinte años, sin desmayar un solo instante, desarrollando la teoría revolucionaria, juntando voluntades, agrupando a los combatientes de la Guerra de los Diez Años, combatiendo de nuevo —también en el campo de las ideas— a la corriente autonomista que se oponía a la corriente revolucionaria, combatiendo también las corrientes anexionistas que de nuevo volvían a resurgir en la palestra política de Cuba después de la derrota y a la sombra de la derrota de la Guerra de los Diez Años.

Martí predica incesantemente sus ideas; Martí organiza los emigrados; Martí organiza prácticamente el primer partido revolucionario, es decir, el primer partido para dirigir una revolución, el primer partido que agrupara a todos los

revolucionarios. Y con una tenacidad, una valentía moral y un heroísmo extraordinarios, sin otros recursos que su inteligencia, su convicción y su razón, se dedicó a aquella tarea.

Y debemos decir que nuestra patria cuenta con el privilegio de poder disponer de uno de los más ricos tesoros políticos, una de las más valiosas fuentes de educación y de conocimientos políticos, en el pensamiento, en los escritos, en los libros, en los discursos y en toda la extraordinaria obra de José Martí.

Y a los revolucionarios cubanos más que a nadie nos hace falta tanto cuanto sea posible ahondar en esas ideas, ahondar en ese manantial inagotable de sabiduría política, revolucionaria y humana.

No tenemos la menor duda de que Martí ha sido el más grande pensador político y revolucionario de este continente. No es necesario hacer comparaciones históricas. Pero si analizamos las circunstancias extraordinariamente difíciles en que se desenvuelve la acción de Martí: desde la emigración luchando sin ningún recurso contra el poder de la colonia después de una derrota militar, contra aquellos sectores que disponían de la prensa y disponían de los recursos económicos para combatir las ideas revolucionarias; si tenemos en cuenta que Martí desarrollaba esa acción para libertar a un país pequeño dominado por cientos de miles de soldados armados hasta los dientes, país sobre el cual se cernía no solo aquella dominación sino un peligro mucho mayor todavía; el peligro de la absorción por un vecino poderoso, cuyas garras imperialistas comenzaban a desarrollarse visiblemente; y que Martí desde allí, con su pluma, con su palabra, a la vez que trataba de inspirar a los cubanos y formar su conciencia para superar las discordias y los errores de dirección y de

método que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, a la vez que unir en un mismo pensamiento revolucionario a los emigrados, a la vieja generación que inició la lucha por la independencia y a las nuevas generaciones, unir a aquellos destacadísimos y prestigiosos héroes militares, se enfrentaba en el terreno de las ideas a las campañas de España en favor de la colonia, a las campañas de los autonomistas en favor de procedimientos leguleyescos y electorales y engañosos que no conducirían a nuestra patria a ningún fin, y se enfrentaba a las nuevas corrientes anexionistas que surgían de aquella situación, y se enfrentaba al peligro de la anexión, no ya tanto en virtud de la solicitud de aquellos sectores acomodados que décadas atrás la habían solicitado para mantener la institución de la esclavitud sino en virtud del desarrollo del poderío económico y político de aquel país que ya se insinuaba como la potencia imperialista que es hoy. Teniendo en cuenta esas extraordinarias circunstancias, esos extraordinarios obstáculos, bien podemos decir que el Apóstol de nuestra independencia se enfrentó a dificultades tan grandes y a problemas tan difíciles como no se tuvo que enfrentar jamás ningún dirigente revolucionario y político en la historia de este continente.

Y así surgió en el firmamento de nuestra patria esa estrella todo patriotismo, todo sensibilidad humana, todo ejemplo, que junto con los héroes de las batallas, junto con Maceo y Máximo Gómez, inició de nuevo la guerra por la independencia de Cuba.

¿Y qué se puede parecer más a aquella lucha de ideas de entonces que la lucha de las ideas hoy? ¿Qué se puede parecer más a aquella incesante prédica martiana por la guerra necesaria y útil como único camino para obtener la libertad,

aquella tesis martiana en favor de la lucha revolucionaria armada (APLAUSOS) que las tesis que tuvo que mantener en la última etapa del proceso el movimiento revolucionario en nuestra patria, enfrentándose también a los grupos electorales, a los politiqueros, a los leguleyos, que venían a proponerle al país remedios que durante cincuenta años no habían sido capaces de solucionar uno solo de sus males, y agitando el temor a la lucha, el temor al camino revolucionario verdadero, que era el camino de la lucha armada revolucionaria? ¿Y qué se puede parecer más a aquella prédica incesante de Martí que la prédica de los verdaderos revolucionarios que en el ámbito de otros países de América Latina tienen también la necesidad de defender sus tesis revolucionarias frente a las tesis leguleyescas, frente a las tesis reformistas, frente a las tesis politiqueras?

Y es que a lo largo de este proceso las mismas luchas se han ido repitiendo en un período u otro, aunque —desde luego— no en las mismas circunstancias ni en el mismo nivel.

Martí se enfrenta a aquellas ideas. Y se inicia la Guerra de 1895, guerra igualmente llena de páginas extraordinariamente heroicas, llena de increíbles sacrificios, llena de grandes proezas militares; guerra que, como todos sabemos, no culminó en los objetivos que perseguían nuestros antepasados, no culminó en el triunfo definitivo de la causa, aunque ninguna de nuestras luchas culminó realmente en derrota, porque cada una de ellas fue un paso de avance, un salto hacia el futuro. Pero es lo cierto que al final de aquella lucha la colonia española, el dominio español, es sustituido por el dominio de Estados Unidos en nuestro país, dominio político y militar, a través de la intervención.

Los cubanos habían luchado treinta años; decenas y decenas de miles de cubanos habían muerto en los campos de batalla, cientos de miles perecieron en aquella contienda, mientras los yanquis perdieron apenas unos cuantos cientos de soldados en Santiago de Cuba. Y se apoderaron de Puerto Rico, se apoderaron de Cuba, aunque con un *statu quo* diferente; se apoderaron del archipiélago de Filipinas, a 10 000 kilómetros de distancia de Estados Unidos, y se apoderaron de otras posesiones. Algo de lo que más temían Martí y Maceo. Porque ya la conciencia política y el pensamiento revolucionario se habían desarrollado tanto, que los dirigentes fundamentales de la Guerra de 1895 tenían ideas clarísimas, absolutamente claras, acerca de los objetivos, y repudiaban en lo más profundo de su corazón la idea del anexionismo; y no solo ya el anexionismo, sino incluso la intervención de Estados Unidos en esa guerra.

Esta noche se leyó aquí uno de los párrafos más conocidos del pensamiento martiano, aquel que escribió vísperas de su muerte, que prácticamente es el testamento, en que le dice a un amigo el fondo de su pensamiento, una de las cosas por las que había luchado, aunque había tenido que hacerlo discretamente; una de las cosas que había inspirado su conducta y su vida, una de las cosas que en el fondo le inspiraba más júbilo, que era estar viviendo ya en el campo de batalla, en la oportunidad de dar su vida para “con la independencia de Cuba impedir que Estados Unidos se extendiese, apoderándose de las Antillas, por el resto de América con una fuerza más”.

Este es uno de los documentos más reveladores y más profundos y más caracterizadores del pensamiento profundamente revolucionario y radical de Martí, que ya califica al

imperialismo como lo que es, que ya vislumbra su papel en este continente, y que con un examen que bien pudiera atribuirse a un marxista, por su profundo análisis, por su sentido dialéctico, por su capacidad de ver que en las insolubles contradicciones de aquella sociedad se engendraba su política hacia el resto del mundo, Martí en fecha tan temprana como en 1895 fue capaz de escribir aquellas cosas y de ver tan profundamente en el porvenir.

Martí escribió con toda la fuerza de su elocuencia y fustigó duramente las corrientes anexionistas como las peores en el seno del pensamiento político de Cuba. Y no solo Martí, sino Maceo asombra también a nuestra generación por la clarividencia, por la profundidad con que fue capaz de analizar también el fenómeno imperialista.

Es conocido que en alguna ocasión, cuando un joven se acercó a Maceo para hablarle de la posibilidad de que la estrella de Cuba figurara como una más en la constelación de Estados Unidos, respondió que aunque lo creía imposible, ese sería tal vez el único caso en que él estaría al lado de España.

Y también, como Martí, unos días antes de su muerte escribe con una claridad extraordinaria su oposición decidida a la intervención de Estados Unidos en la contienda de Cuba, y es cuando dice que “preferible es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso”. Palabras proféticas, palabras inspiradas, que uno y otro de nuestros dos más caracterizados adalides de aquella Guerra de 1895 expresaron unos días antes de su muerte.

Y todos sabemos cómo sucedieron los acontecimientos. Cómo cuando el poder de España estaba virtualmente agotado, movido por ansias puramente imperialistas, el gobierno de Estados Unidos participa en la guerra, después de treinta

años de lucha. Con la ayuda de los soldados mambises desembarcan, toman la ciudad de Santiago de Cuba, hunden la escuadra del almirante Cervera, que no era más que una colección propia de museo, más que escuadra, y que por puro y tradicional quijotismo la enviaron a que la hundieran a cañonazos, sirviendo prácticamente de tiro al blanco a los acorazados americanos, a la salida de Santiago de Cuba. Y entonces a Calixto García ni siquiera lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. Ignoraron por completo al Gobierno Revolucionario en Armas, ignoraron por completo a los líderes de la Revolución; discutieron con España sin la participación de Cuba; deciden la intervención militar de sus ejércitos en nuestro país. Se produce la primera intervención, y de hecho se apoderaron militar y políticamente de nuestro país.

Al pueblo no se le hizo verdadera conciencia de eso. Porque ¿quién podía estar interesado en hacerle conciencia de esa monstruosidad? ¿Quiénes? ¿Los antiguos autonomistas? ¿Los antiguos reformistas? ¿Los antiguos anexionistas? ¿Los antiguos esclavistas? ¿Quiénes? ¿Los que habían sido aliados de la colonia durante las guerras? ¿Quiénes? ¿Los que no querían la independencia de Cuba sino la anexión con Estados Unidos? Esos no podían tener ningún interés en enseñarle a nuestro pueblo estas verdades históricas, amarguísimas.

¿Qué nos dijeron en la escuela? ¿Qué nos decían aquellos inescrupulosos libros de historia sobre los hechos? Nos decían que la potencia imperialista no era la potencia imperialista, sino que lleno de generosidad el gobierno de Estados Unidos, deseoso de darnos la libertad, había intervenido en aquella guerra y que, como consecuencia de eso, éramos libres. Pero no éramos libres por los cientos de miles de cubanos que murieron treinta años en los combates (APLAU-

SOS), no éramos libres por el gesto heroico de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria (APLAUSOS), que inició aquella lucha, que incluso prefirió que le fusilaran al hijo antes de hacer una sola concesión; no éramos libres por el esfuerzo heroico de tantos cubanos, no éramos libres por la prédica de Martí, no éramos libres por el esfuerzo heroico de Máximo Gómez, Calixto García y todos aquellos próceres ilustres; no éramos libres por la sangre derramada por las veinte y tantas heridas de Antonio Maceo y su caída heroica en Punta Brava (APLAUSOS); éramos libres sencillamente porque Teodoro Roosevelt desembarcó con unos cuantos *rangers* en Santiago de Cuba para combatir contra un ejército agotado y prácticamente vencido, o porque los acorazados americanos hundieron a los “cacharros” de Cervera frente a la bahía de Santiago de Cuba.

Y esas monstruosas mentiras, esas increíbles falsedades eran las que se enseñaban en nuestras escuelas.

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatarle la confianza en sí mismo, para arrebatarle la fe en su destino.

Y de esta manera, los que cooperaron con España en los treinta años, los que lucharon en la colonia, los que hicieron derramar la sangre de los mambises, aliados ahora con los interventores yanquis, aliados con los imperialistas yanquis, pretendieron hacer lo que no habían podido hacer en treinta

años, pretendieron incluso escribir la historia de nuestra patria amañándola y ajustándola a sus intereses, que eran sus intereses anexionistas, sus intereses imperialistas, sus intereses anticubanos y contrarrevolucionarios.

¿Con quiénes se concertaron los imperialistas en la intervención? Se concertaron con los comerciantes españoles, con los autonomistas. Hay que decir que en aquel primer gobierno de la República había varios ministros procedentes de las filas autonomistas que habían condenado a la Revolución. Se aliaron con los terratenientes, se aliaron con los anexionistas, se aliaron con lo peor, y al amparo de la intervención militar y al amparo de la Enmienda Platt empezaron, sin escrúpulos de ninguna índole, a amañar la República y a preparar las condiciones para apoderarse de nuestra patria.

Es necesario que esta historia se sepa, es necesario que nuestro pueblo conozca su historia, es necesario que los hechos de hoy, los méritos de hoy, los triunfos de hoy, no nos hagan caer en el injusto y criminal olvido de las raíces de nuestra historia; es necesario que nuestra conciencia de hoy, nuestras ideas de hoy, nuestro desarrollo político y revolucionario de hoy —instrumentos que poseemos hoy que no podían poseer en aquellos tiempos los que iniciaron esta lucha— no nos conduzca a subestimar por un instante ni a olvidar por un instante que lo de hoy, el nivel de hoy, la conciencia de hoy, los éxitos de hoy más que éxitos de esta generación son, y debemos decirlo con toda sinceridad, éxitos de los que un día como hoy, hace cien años, se levantaron aquí en este mismo sitio y libertaron a los esclavos y proclamaron la independencia e iniciaron el camino del heroísmo e iniciaron el camino de aquella lucha que sirvió de aliento y de ejemplo a todas las generaciones subsiguientes (APLAUSOS).

Y en ese ejemplo se inspiró la generación del 95, en ese ejemplo se inspiraron los combatientes revolucionarios a lo largo de los sesenta años de República amañada; en ese ejemplo de heroísmo, en esa tradición se inspiraron los combatientes que libraron las últimas batallas en nuestro país.

Y eso no es algo que se diga hoy como de ocasión porque conmemoramos un aniversario, sino algo que se ha dicho siempre y que se ha dicho muchas veces y que se dijo en el Moncada y que se dijo siempre. Porque allí cuando los jueces preguntaron quién era el autor intelectual del ataque al cuartel Moncada, sin vacilación nosotros respondimos: “¡Martí fue el autor intelectual del ataque al cuartel Moncada!” (APLAUSOS).

Es posible que la ignorancia de la actual generación, o el olvido de la actual generación, o la euforia de los éxitos actuales, puedan llevar a la subestimación de lo mucho que nuestro pueblo les debe, de todo lo que nuestro pueblo les debe a estos luchadores.

Ellos fueron los que prepararon el camino, ellos fueron los que crearon las condiciones y ellos fueron los que tuvieron que apurar los tragos más amargos: el trago amargo del Zanjón, el cese de la lucha en 1878; el trago amarguísimo de la intervención yanqui, el trago amarguísimo de la conversión de este país en una factoría y en un pontón estratégico —como temía Martí—; el trago amarguísimo de ver a los oportunistas, a los politiqueros, a los enemigos de la Revolución, aliados con los imperialistas, gobernando este país. Ellos tuvieron que vivir aquella amarguísima experiencia de ver cómo a este país lo gobernaba un embajador yanqui; o cómo un funcionario insolente, a bordo de un acorazado, se anclaba en la bahía de La Habana a dictarle instrucciones a

todo el mundo: a los ministros, al Jefe del Ejército, al Presidente, a la Cámara de Representantes, al Senado.

Y lo que decimos son hechos conocidos, son hechos históricamente probados. Es decir, no tanto conocidos como probados, porque realmente las masas durante mucho tiempo lo ignoraron, durante mucho tiempo las engañaron. Y es necesario revolver los archivos, exhumar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy tenga una clara idea de cómo gobernaban los imperialistas, qué tipo de memorándums, qué tipo de papeles y qué tipo de insolencias usaban para gobernar a este país, al que se pretendía llamar país libre, independiente y soberano; para que nuestro pueblo conozca qué clase de libertadores eran esos, los procedimientos burdos y repugnantes que usaban en sus relaciones con este país, que nuestra generación actual debe conocer. Y si no los conoce, su conciencia revolucionaria no estará suficientemente desarrollada. Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo, no podríamos siquiera calificarnos de marxistas si no empezásemos por comprender el propio proceso de nuestra Revolución, y el proceso del desarrollo de la conciencia y del pensamiento político y revolucionario en nuestro país durante cien años (APLAUSOS). Si no entendemos eso, no sabremos nada de política.

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.

Porque si el interés de los que se aliaron aquí con los imperialistas era ocultar la historia de Cuba, deformar la historia de Cuba, eclipsar el heroísmo, el mérito extraordinario, el pensamiento y el ejemplo de nuestros héroes, los

que realmente están llamados y tienen que ser los más interesados en divulgar esa historia, en conocer esa historia, en conocer esas raíces, en divulgar esas verdades, somos los revolucionarios.

Ellos tenían tantas razones para ocultar esa historia e ignorarla, como razones tenemos nosotros para demandar que esa historia, desde el 10 de Octubre de 1868 hasta hoy, se conozca en todas sus etapas. Y esa historia tiene pasajes muy duros, muy dolorosos, muy amargos, muy humillantes, desde la Enmienda Platt hasta 1959.

Y debe también conocer nuestro pueblo cómo se apoderaron los imperialistas de nuestra economía. Y eso, desde luego, lo sabe nuestro pueblo en carne propia. No saben cómo fue pero fue.

Y saben los hombres y mujeres de este país, sobre todo los de esta provincia donde se inició la lucha, donde siempre se combatió por la libertad del país, cómo fue aquello que de repente todo pasó de manos de los españoles a manos de los americanos. Cómo fue aquello y por qué los ferrocarriles, los servicios eléctricos, las mejores tierras, los centrales azucareros, las minas y todo fue a parar a manos de ellos. Y cómo se produjo aquel fenómeno. Y qué es aquel fenómeno en virtud del cual en este país, donde por los años 1915 ó 1920 había que traer trabajadores de otras Antillas porque no alcanzaban los brazos, algunas décadas después —en los años veintitantos, treintitantos, cuarentitantos y cincuentitantos, cada vez peor— había más hombres sin empleo, había más familias abandonadas, había más ignorancia. Cómo y por qué en este país donde hoy los brazos no alcanzan —los brazos liberados— para desarrollar las riquezas infinitas de nuestro suelo, para desarrollar las capacidades ilimitadas de nuestro pueblo,

sin embargo los hombres tenían que cruzarse de brazos meses enteros y mendigar un trabajo, no ya en tiempo muerto sino en la zafra.

Y cómo era posible que en esas tierras que regaron con su sangre decenas de miles de nuestros antepasados, decenas de miles de nuestros mambises; cómo era posible que en esa tierra regada por su sangre, el cubano en la República mediatizada no tuviera el derecho, no digo ya de recoger el pan, no tenía siquiera el derecho a derramar su sudor. De manera que donde nuestros luchadores por la independencia derramaron su sangre por la felicidad de este país, sus hermanos, sus descendientes, sus hijos, no tenían siquiera el derecho de derramar el sudor para ganarse el pan.

¿Qué república era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado? (APLAUSOS). ¿Qué república era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué república era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas, pero que dio cientos de miles de vidas cuando aquella población de verdaderos cubanos no llegaba a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad? ¿Qué república era aquella donde el hombre no tenía siquiera garantizado el derecho al trabajo, el derecho a ganarse el pan en aquella tierra tantas veces regada con sangre de patriotas?

Y nos pretendían vender aquello como república, nos pretendían brindar aquello como Estado justo. Y en pocas regiones del país como en Oriente estas cosas se vivieron, estas experiencias se vivieron en carne propia; desde las decenas de miles de campesinos que tuvieron que refugiarse

allá en las montañas hasta las faldas del Pico Turquino para poder vivir, a los hombres, a los trabajadores azucareros que vivieron o cuyos padres vivieron aquellos años terribles. ¡Y qué porvenir esperaba a este país!

Pero el hecho fue que los yanquis se apoderaron de nuestra economía. Y si en 1898 poseían inversiones en Cuba por valor de cincuenta millones, en 1906 unos ciento sesenta millones en inversiones, y 1 450 millones de pesos en inversiones en 1927.

No creo que haya otro país donde se haya producido en forma tan increíblemente rápida semejante penetración económica, que condujo a que los imperialistas se apoderaran de nuestras mejores tierras, de todas nuestras minas, nuestros recursos naturales; que explotaran los servicios públicos, se apoderaran de la mayor parte de la industria azucarera, de las industrias más eficientes, de la industria eléctrica, de los teléfonos, de los ferrocarriles, de los negocios más importantes, y también de los bancos.

Al apoderarse de los bancos, prácticamente podían empezar a comprar el país con dinero de los cubanos, porque en los bancos se deposita el dinero de los que tienen algún dinero y lo guardan, poco o mucho. Y los dueños de los bancos manejaban aquel dinero.

De esta forma, en 1927, cuando no habían transcurrido treinta años, las inversiones imperialistas en Cuba se habían elevado a 1 450 millones de pesos. Se habían apoderado de todo con el apoyo de los anexionistas o neoanexionistas, de los autonomistas, de los que combatieron la independencia de Cuba. Con el apoyo de los gobiernos interventores se hicieron concesiones increíbles.

Un tal Preston compró 75 000 hectáreas de tierra en 1901, en la zona de la bahía de Nipe por 400 000 dólares, es decir, a menos de seis dólares la hectárea de esas tierras. Y los bosques que cubrían todas esas hectáreas de maderas preciosas, que fueron consumidas en las calderas de los centrales, valían muchas veces, incomparables veces esa suma de dinero.

Vinieron con sus bolsillos rebosantes a un pueblo empobrecido por treinta años de lucha, a comprar de las mejores tierras de este país a menos de seis dólares la hectárea.

Y un tal McCan compró 32 000 hectáreas ese mismo año al sur de Pinar del Río. Y un tal James —si mal no recuerdo— ese mismo año compró en Puerto Padre 27 000 hectáreas de tierra.

Es decir que en un solo año adquirieron mucho más de diez mil caballerías de las mejores tierras de este país, con sus bolsillos repletos de billetes, a un pueblo que padecía la miseria de treinta años de lucha. Y así, sin derramar sangre y gastando un mínimo de sus riquezas, se fueron apoderando de este país.

Y esa historia debe conocerla nuestro pueblo.

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar primero que nada y para conocer primero que nada las raíces de este país. Nos interesa más que corrientes que por esnobismo puro se trata de intro-

ducir en nuestra cultura, la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y de profundizar en las raíces de este país.

Y nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta patria, de defender esta Revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la obra de diez años, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación: ¡Hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de cien años! (APLAUSOS). ¡Hemos de pensar que no estamos defendiendo aquello por lo cual cayeron miles de nuestros compañeros, sino aquello por lo cual cayeron cientos de miles de cubanos a lo largo de cien años! (APLAUSOS).

Con el advenimiento de la victoria de 1959, se planteó en nuestro país de nuevo —y en un plano más elevado aún— problemas fundamentales de la vida de nuestro pueblo. Porque si bien en 1868 se discutía la abolición o no de la esclavitud, se discutía la abolición o no de la propiedad del hombre sobre el hombre, ya en nuestra época, ya en nuestro siglo, ya al advenimiento de nuestra Revolución, la cuestión fundamental, la cuestión esencial, la que habría de definir el carácter revolucionario de esta época y de esta Revolución, ya no era la cuestión de la propiedad del hombre sobre el hombre, sino de la propiedad del hombre sobre los medios de sustento para el hombre.

Si entonces se discutía si un hombre podía tener diez y cien y mil esclavos, ahora se discutía si una empresa yanqui, si un monopolio imperialista tenía derecho a poseer mil, cinco mil, diez mil o quince mil caballerías de tierra; ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer

a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país. Si entonces se discutía el derecho del hombre a poseer la propiedad sobre el hombre, ahora se discutía el derecho que podía tener un monopolio o quien fuera, aquel propietario de un banco donde se reunía el dinero de todos los que depositaban allí, si un monopolio o un oligarca tenía derecho a ser dueño de un central azucarero donde trabajaba un millar de obreros; si era justo que un monopolio o un oligarca fuera dueño de una central termoeléctrica, de una mina, de una industria cualquiera que valía decenas de miles o cientos de miles, o millones o decenas de millones de pesos; si era justo que una minoría explotadora poseyera cadenas de almacenes sin otro destino que enriquecerse encareciendo todos los bienes que este país importaba. Si en el siglo pasado se discutía el derecho del hombre a ser propietario de otros hombres, en este siglo —en dos palabras— se discutía el derecho de los hombres a ser propietarios de los medios de los que tiene que vivir el hombre.

Y ciertamente no era más que una libertad ficticia. Y no podía haber abolición de esclavitud si formalmente los hombres eran liberados de ser propiedad de otros hombres y en cambio la tierra y la industria —de la cual tendrían que vivir— eran y seguían siendo propiedad de otros hombres. Y los que ayer esclavizaron al hombre de manera directa, en esta época esclavizaban al hombre y lo explotaban de manera igualmente miserable a través del monopolio de las riquezas del país y de los medios de sustentación del hombre.

Por eso si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener el derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar

las riquezas del monopolio de una minoría que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre.

¿Y qué diferencia había entre el barracón del esclavo en 1868 y el barracón del obrero asalariado en 1958? ¿Qué diferencia, como no fuera que —supuestamente libre el hombre— los dueños de las plantaciones y de los centrales en 1958 no se preocupaban si aquel obrero se moría de hambre, porque si aquel se moría había otros diez obreros esperando para realizar el trabajo? Si se moría, como ya no era una propiedad suya que compraba y vendía en el mercado, no le importaba siquiera si se moría o no un trabajador, su mujer o sus hijos. Estas son verdades que los orientales conocen demasiado bien.

Y así fue suprimida la propiedad directa del hombre sobre el hombre y perduró la propiedad del hombre sobre el hombre a través de la propiedad y el monopolio de las riquezas y de los medios de vida del hombre (APLAUSOS). Y suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre era suprimir el derecho de la propiedad sobre aquellos bienes, suprimir el derecho al monopolio sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad.

Si la esclavitud era una institución salvaje y repugnante, explotadora directa del hombre, el capitalismo era también igualmente una institución salvaje y repugnante que debía ser abolida. Y si la abolición de la esclavitud era comprendida totalmente por las generaciones contemporáneas, también algún día las generaciones venideras, los niños de las escuelas, se asombrarán de que les digan que un monopolio extranjero —administrándolo a través de un funcionario in-

solente— era dueño de diez mil caballerías de tierra donde allí mandaba como amo y señor, era dueño de vidas y de haciendas, tanto como nosotros nos asombramos hoy de que un día un señor fuera propietario de decenas y de cientos y aun de miles de esclavos (APLAUSOS).

Y tan racional como le parecía a la generación contemporánea un hombre amarrado a un grillo, igualmente monstruoso les parecerá a las generaciones venideras, mucho más que a nuestra propia generación. Porque los pueblos muchas veces se acostumbran a ver cosas monstruosas sin darse cuenta de su monstruosidad, y se acostumbran a ver algunos fenómenos sociales con la misma naturalidad con que se ve aparecer la luna por la noche o el sol por la mañana o la lluvia o la enfermedad, y acaban por adaptarse a ver instituciones monstruosas como plagas tan naturales como las enfermedades.

Y, claro está, no eran precisamente los privilegiados que monopolizaban las riquezas de este país quienes iban a educar al pueblo en estas ideas, en estos conceptos, quienes iban a abrirles los ojos, quienes iban a mandarles un alfabetizador, quienes iban a abrirles una escuela. No eran las minorías privilegiadas y explotadoras las que habrían de reivindicar la historia de nuestro país, las que habrían de reivindicar el proceso, las que habrían de honrar dignamente a los que hicieron posible el destino ulterior de la patria. Porque quienes no estuvieran interesados en la revolución sino en impedir las revoluciones, quienes no estuvieran interesados en la justicia sino en medrar y enriquecerse de la injusticia, no podrían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia, su justiciera Revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia (APLAUSOS).

Y por eso a esta generación le tocó vivir las experiencias de manera muy directa, y le tocó conocer también de expediciones organizadas en tierras extranjeras, precedidas de los bombardeos y de los ataques piratas, organizadas allí por los “prohombres” del imperialismo, organizadas acá por los que en solo treinta años se habían apoderado de la riqueza de este país para aplastar la Revolución y para establecer de nuevo el monopolio de las riquezas por minorías privilegiadas explotadoras del hombre.

Le correspondió a esta generación ver también los anexionistas de hoy, los débiles de todos los tiempos, los voluntarios de hoy —es decir, no en el sentido que hoy tiene la palabra, o en el sentido que hoy tiene la palabra guerrillero sino en el sentido de ayer—, voluntarios de ayer, guerrilleros de ayer, que así se llamaban en aquella época a los que perseguían a los combatientes revolucionarios, a los que asesinaron a los estudiantes, a los que macheteaban a los mambises heridos cuando trataban de restablecerse en sus pobres y desvalidos e indefensos hospitales de sangre.

Esos los vemos en los que hoy tratan de destruir la riqueza del país, en los que hoy sirven a los imperialistas, en los que hoy —cobardes e incapaces del trabajo y del sacrificio— se mudan hacia allá. Cuando llegó aquí la hora del trabajo, cuando llegó la hora de edificar la patria, cuando llegó la hora de liberar los recursos naturales y humanos para cumplir el destino de nuestro pueblo, lo abandonan y se ponen allá de parte de sus amos al servicio de la causa infamante del imperialismo, enemigo no solo de nuestro pueblo sino enemigo de todos los pueblos del mundo.

De manera que a esta generación le ha correspondido conocer las experiencias de la lucha, de las luchas en el campo

de la ideología, la lucha contra los electoralistas defendiendo las legítimas tesis revolucionarias; le tocó conocer la lucha en sí, le tocó conocer las grandes batallas ideológicas después del triunfo de la Revolución, le tocó conocer las experiencias del proceso revolucionario, le tocó enfrentarse al imperialismo yanqui, le tocó enfrentarse a sus bloqueos, a su hostilidad, a sus campañas difamantes contra la Revolución, y le tocó enfrentarse al tremendo problema del subdesarrollo.

Debemos decir que la lucha se repite en diferente escala, pero también en diferentes condiciones. En 1868 y en 1895 y durante sesenta años de República mediatizada —o casi sesenta años— los revolucionarios eran una minoría, los instrumentos del poder estaban en manos de los reaccionarios; los colonialistas, los autonomistas, tenían la fuerza, tenían el poder, hacían las leyes contra los revolucionarios. Lo mismo ocurrió durante toda la lucha de 1895 y lo mismo ocurrió hasta 1959.

Hoy nuestro pueblo se enfrenta a corrientes similares, a las mismas ideas reaccionarias revividas, a los nuevos intérpretes del autonomismo, del anexionismo; se enfrenta a los proimperialistas y a los imperialistas. Pero se enfrenta en condiciones muy distintas.

En 1868 los cubanos organizaron su gobierno en la manigua; había divisiones y discordias propias de todo proceso. También ocurrieron cosas similares a lo largo de estos cien años. Los heroicos luchadores proletarios en la República mediatizada —Baliño, Mella, Guiteras, Jesús Menéndez (APLAUSOS)—, tenían que enfrentarse a los esbirros, a los explotadores asistidos de sus mayores y sus guardias rurales, y caían abatidos por las balas asesinas en el exilio o en la propia tierra, en México o en El Morrillo o en Manzanillo,

o desaparecían como tantos revolucionarios, como fue desaparecido Paquito Rosales, hijo de este pueblo (APLAUSOS).

De estos cien años, durante noventa años la Revolución no había podido abarcar todo el país, la Revolución no había podido tomar el poder, la Revolución no había podido constituirse en gobierno, la Revolución no había podido desatar las fuerzas formidables del pueblo, la Revolución no había podido echar a andar el país. Y no es que no hubiese podido porque los revolucionarios de entonces fuesen menos capaces que los de hoy —¡no, de ninguna forma!—, sino porque los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer. Porque los revolucionarios de hoy encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia ya de su comunidad de intereses; un pueblo mucho más homogéneo, un pueblo verdaderamente cubano, un pueblo con una historia, la historia que ellos escribieron; un pueblo con una tradición de lucha, de rebeldía, de heroísmo. Y a la actual generación le correspondió el privilegio de haber llegado a la etapa en que el pueblo al fin, al cabo de noventa años, se constituye en poder, establece su poder. Ya no era el poder de los colonialistas y sus aliados, ya no era el poder de los imperialistas interventores yanquis y sus aliados, los autonomistas, los neanexionistas, los enemigos de la Revolución.

Y por eso, en esta ocasión se constituye el poder del pueblo, el genuino poder del pueblo y por el pueblo; no el poder frente al pueblo y contra el pueblo, que había sido el poder conocido durante más de cuatro siglos, desde la época de la colonia, desde que los españoles en las cercanías de este sitio quemaron vivo al indio Hatuey hasta que los esbirros de Batista,

vísperas de su derrota, asesinaban y quemaban vivos a los revolucionarios. Era por primera vez el poder frente a los monopolios, frente a los intereses, frente a los privilegios, frente a los poderosos sociales. Era el poder frente al privilegio y contra el privilegio, era el poder frente a la explotación y contra la explotación, era el poder frente al colonialismo y contra el colonialismo, el poder frente al imperialismo y contra el imperialismo. Era por primera vez el poder con la patria y para la patria, era por primera vez el poder con el pueblo y para el pueblo (APLAUSOS). Y no eran las armas de los mercenarios, no eran las armas de los imperialistas, sino las armas que el pueblo arrebató a sus opresores, las armas que el pueblo arrebató a los gendarmes y a los guardianes de los intereses del imperialismo, que pasaron a ser sus armas; pueblo que pasó a ser un ejército. Tuvo esta generación por primera vez la oportunidad de comenzar a trabajar desde ese poder nuevo, desde ese poder revolucionario y extendido a todo el país.

Lógicamente, los enemigos de clase, los explotadores, los oligarcas, los imperialistas, que poseían 1 450 millones, no podían estar con ese poder, tenían que estar contra ese poder. Los politiqueros, los botelleros, los parásitos de toda índole, los especuladores, los explotadores del juego, del vicio, los propagadores de la prostitución, los ladrones, los que se robaban descaradamente el dinero de los hospitales, de las escuelas, de las carreteras, los dueños de decenas de miles de caballerías de las mejores tierras, de las mejores fábricas, los explotadores de nuestros campesinos y de nuestros obreros, no podían estar con ese poder sino contra ese poder.

Y desde entonces el pueblo en el poder desarrolla su lucha, no menos difícil, no menos dura, frente al imperialismo yanqui y contra el imperialismo yanqui, el más poderoso país

imperialista, el gendarme de la reacción en el mundo. Poder acostumbrado a destruir gobiernos, a destruir gobiernos que insinuaban un camino de liberación, derrocarlos mediante golpes de Estado o invasiones mercenarias, destruir los movimientos políticos mediante represalias económicas, se ha estrellado toda su técnica, todos sus recursos, todo su poderío se ha estrellado contra la fortaleza de la Revolución.

Porque la Revolución es el resultado de cien años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo; arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

Y no solo armado de esa experiencia y de esa conciencia, sino pueblo que ha podido vencer los factores que lo dividían, las divisiones de grupo, los caudillismos, los regionalismos, para ser una sola fuerza, para ser un solo pueblo revolucionario. Porque cuando decimos pueblo hablamos de revolucionarios; cuando decimos pueblo dispuesto a combatir y a morir, no pensamos en los gusanos ni en los pocos pusilánimes que quedan (APLAUSOS): pensamos en los que tienen el legítimo derecho a llamarse cubanos y pueblo cubano, como tenían legítimo derecho de llamarse nuestros combatientes, nuestros mambises. Un pueblo integrado, unido, dirigido por un partido revolucionario, partido que es vanguardia militante.

¿Y qué otra cosa hizo Martí para hacer la Revolución sino organizar el partido de la Revolución, organizar el partido de

los revolucionarios? ¡Y había un solo partido de los revolucionarios! Y los que no estaban en el partido de los revolucionarios estaban en el partido de los españoles colonialistas o en el partido de los anexionistas o en el partido de los autonomistas.

Y así también hoy el pueblo, con su partido que es su vanguardia, armado de las más modernas concepciones, armado de la experiencia de cien años, habiéndose desarrollado al máximo grado la conciencia revolucionaria, política y patriótica, ha logrado vencer sobre vicios seculares y constituir esta unidad y esta fuerza de la Revolución.

La Guerra de los Diez Años, como decía Martí, no se perdió porque el enemigo nos arrancara la espada de la mano, sino porque dejamos caer la espada. Después de diez años de lucha, enfrentados al imperialismo, ¡ni el imperialismo ha podido arrebatar nos la espada ni nuestro pueblo unido dejará jamás caer la espada! (APLAUSOS).

Esta Revolución cuenta con el privilegio de llevar con ella y contar como parte de ella al pueblo revolucionario, cuya conciencia se desarrolla y cuya unidad es indestructible. Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias, del patriotismo más profundo —que la conciencia y el concepto internacionalista no excluye ni mucho menos el concepto del patriotismo—, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables, será invencible.

Este aniversario llega en el momento de mayor auge de la conciencia y del espíritu de trabajo del pueblo. Hechos como el del día 8 en que con motivo del centenario y también como homenaje al Guerrillero Heroico (APLAUSOS

PROLONGADOS) —caído gloriosamente en fecha que casi coincidió con el 10 de Octubre—, decidido a realizar un esfuerzo digno de esta jornada, llegó a sembrar en un solo día 1 031 caballerías de caña (APLAUSOS).

Y sirva esto de idea acerca de lo que es capaz un pueblo cuya inteligencia, cuya energía, cuyas fuerzas potenciales se despliegan.

Debo decir que esta cifra realmente rebasa las cifras más optimistas, las cifras más altas que se hubieran podido concebir. Es necesario un pueblo de verdad trabajando para lograr esas cosas, y es necesario un pueblo realmente consciente e inspirado para realizar esas cosas.

Este homenaje, o este aniversario, tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos. Pero esto no significa que cien años de lucha signifiquen, ni mucho menos, la culminación de la lucha, el fin de la lucha. Quién sabe cuántos años más tendremos por delante de lucha. Pero nunca, jamás, hemos estado en mejores condiciones que hoy; nunca hemos estado más organizados, nunca hemos estado mejor armados, no solo armados con armas, armados con hierros, sino armados de pensamientos, armados de ideas. Nunca, jamás, hemos estado mejor armados de ideas y de hierros, nunca hemos estado mejor organizados. Y seguiremos armándonos en ambas direcciones, y seguiremos organizándonos, y seguiremos haciéndonos cada vez más fuertes.

El imperialismo está ahí enfrente, en plan y actitud insolentes, amenazantes; las fuerzas más reaccionarias levantan cabeza, los grupos más retrógrados y agresivos se insinúan como factores preponderantes en la política futura de ese país.

Conmemoramos este aniversario, este centenario, estos cien años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amenazas y de peligros. Pero nunca como hoy hemos estado conscientes, nunca como hoy para nosotros las cosas han sido tan claras.

Esta generación no solo se ha de concretar a haber culminado una etapa, a haber llegado a objetivos determinados, a poder presentar hoy una meta cumplida, una tarea histórica realizada: una patria libre, verdaderamente libre; una revolución victoriosa, un poder del pueblo y para el pueblo; sino que esta Revolución tiene que defender ese poder, porque los enemigos no se resignarán fácilmente, el imperialismo valiéndose de sus recursos no nos dejará en paz. Y el odio de los enemigos crece a medida que la Revolución se fortalece, a medida que sus esfuerzos han sido inútiles.

¿A qué grados llegan? A increíbles grados en todos los órdenes. Llegan, incluso, a extraordinarios ridículos.

Recientemente leíamos un cable en que hablaba de un cura español que organizaba en Miami rezos contra la Revolución; un cura español que, según decía, rezaba para que la Revolución se destruyera, incluso daba misas y rogativas para que los dirigentes revolucionarios nos muriéramos en un accidente o asesinados (RISAS), como requisito para aplastar la Revolución.

¡Cuán equivocados están si creen que la Revolución puede ser aplastada por ningún camino! Es innecesario siquiera recalcarlo. ¡Ahora menos que nunca!

Pero llama la atención esta filosofía de los reaccionarios, esta filosofía de los imperialistas.

Y ellos mismos decían que organizaban un mitin contrarrevolucionario y apenas iban doscientos, organizaban un rezo

contra la Revolución e iban miles de gusanos. Eso, desde luego, denota que a la contrarrevolución le va quedando toda la gusanera beata y ridícula que se reúne a hacer misas. ¡Vaya espíritu religioso el de esos creyentes! ¡Vaya espíritu religioso el de ese cura que da misas para que asesinen o para que se muera la gente!

De verdad que si el cura nos dijera que hay una oración para destruir a los imperialistas, ciertamente nosotros nos negaríamos rotundamente a rezar semejantes oraciones (APLAUSOS); y si el cura nos dijera que hay una oración para rechazar a los imperialistas si invaden este país, nosotros le diríamos a ese cura: ¡Váyase al diablo con su oración que nosotros nos vamos a encargar de aniquilar aquí a los invasores, a los imperialistas, a tiro limpio y a cañonazo limpio! (APLAUSOS).

Los vietnamitas no rezan oraciones contra los imperialistas, ni el heroico pueblo de Corea rezó oraciones contra los imperialistas, ni nuestros milicianos rezaron oraciones contra los mercenarios que venían armados de calaveras, crucifijos y no sé cuántas cosas más; venían en nombre de Dios, con cura y todo, a asesinar mujeres campesinas, a asesinar niños y niñas, a destruir las riquezas de este país.

Y ya vemos hasta qué punto han degenerado los reaccionarios, hasta qué punto han prostituido sus propias concepciones y sus propias doctrinas, y a qué extremos llegan y qué clase de sentimientos son esos. Desde luego, cosas de los aliados de los imperialistas, cosas de la gusanera.

Pero, desde luego, no son los rezos del cura y su muchedumbre de beatos y beatas las cosas que le preocuparían a esta Revolución. Es el imperialismo con sus recursos militares y técnicos. Y es contra ese imperialismo y contra esas

amenazas que nosotros debemos siempre estar preparados y prepararnos cada vez más.

El estudio de la historia de nuestro país no solo ilustrará nuestras conciencias, no solo iluminará nuestro pensamiento, sino que el estudio de la historia de nuestro país ayudará a encontrar también una fuente inagotable de heroísmo, una fuente inagotable de espíritu de sacrificio, de espíritu de lucha y de combate.

Lo que hicieron aquellos combatientes, casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy; ha de ser siempre motivo de confianza en nuestro pueblo, en su fuerza, en su capacidad de lucha, en su destino; ha de darle seguridad a nuestro país de que nada ni nadie en este mundo podrá derrotarnos, nada ni nadie en este mundo podrá aplastarnos, ¡y que a esta Revolución nada podrá vencerla!

Porque este pueblo, igual que ha luchado cien años por su destino, es capaz de luchar otros cien años por ese mismo destino (APLAUSOS). Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarse más de una vez, será capaz de inmolarse cuantas veces sea necesario.

Esas banderas que ondearon en Yara, en La Demajagua, en Baire, en Baraguá, en Guáimaro; esas banderas que presidieron el acto sublime de libertar la esclavitud; esas banderas que han presidido la historia revolucionaria de nuestro país, no serán jamás arriadas. Esas banderas y lo que ellas representan serán defendidas por nuestro pueblo hasta la última gota de su sangre (APLAUSOS).

Nuestro país sabe lo que fue ayer, lo que es hoy y lo que será mañana. Si hace cien años no podíamos decir que teníamos una nacionalidad cubana, un pueblo cubano; si hace

cien años éramos los últimos de este continente... Un día la prensa insolente de los imperialistas, en vida de Martí, calificó al pueblo cubano de pueblo afeminado, con el más increíble desprecio, argumentando entre otras cosas los años que había padecido la dominación española, demostrando con ello una increíble ignorancia acerca de los factores históricos y sociales que hacen a los pueblos y de las condiciones de Cuba, y que motivaron una respuesta de Martí en singular artículo llamado "Vindicación de Cuba" .

Bien: podían todavía en 1889 alegar esos insultos contra la patria, ignorando sus heroísmos, su desigual y solitaria lucha; podían decirnos que éramos los últimos. Y es cierto y no por culpa de esta nación. No podía culparse de algo a la nación que no existía, al pueblo que no existía como tal pueblo. Pero la nación que existe desde que surgió la vida con la sangre de los que aquí se alzaron el 10 de Octubre de 1868, el pueblo que se fundó en aquella tradición, el pueblo que inició su ascenso en la historia, que inició el desarrollo de su pensamiento político y su conciencia, que tuvo la fortuna de contar con aquellos hombres extraordinarios como pensadores y como combatientes, ya no podrá decir hoy nadie que es el último. Ya no somos solo el pueblo que hace cien años abolió la esclavitud; ya no somos el último en abolir la esclavitud, es decir, la propiedad del hombre sobre el hombre; ¡somos hoy el primero en este continente en abolir la explotación del hombre sobre el hombre! (APLAUSOS).

Fuimos el último en comenzar, es cierto, pero hemos llegado tan lejos como nadie. Hemos erradicado el sistema capitalista de explotación; hemos convertido al pueblo en dueño verdadero de su destino y de sus riquezas. Fuimos el último en librarnos de la colonia, pero hemos sido los pri-

meros en librarnos del imperio (APLAUSOS). Fuimos los últimos en librarnos de un modo de producción esclavista; los primeros en librarnos del modo de producción capitalista, y con el modo de producción capitalista de su podrida estructura política e ideológica. Hemos echado abajo las mentiras con que pretendieron engañarnos durante tantos años. Estamos reivindicando y restableciendo la verdad de la historia. Hemos recuperado nuestras riquezas, nuestras minas, nuestras fábricas, nuestros bosques, nuestras montañas, nuestros ríos, nuestra tierra.

Y en esa tierra que se regó tantas veces con sangre de patriotas, se riega hoy el sudor honesto de un pueblo; que de esa tierra, con ese sudor de su frente, con esa tierra conquistada con la sangre de sus hijos, sabrá ganarse honradamente el pan que nos quitaban de la mano y de la boca (APLAUSOS).

Somos hoy la comunidad humana de este continente que ha llegado al grado más alto de conciencia y de nivel político: ¡Somos el primer Estado socialista! Los últimos ayer; ¡los primeros hoy en el avance hacia la sociedad comunista del futuro! (APLAUSOS), la verdadera sociedad del hombre para el hombre, del hombre hermano del hombre.

Y ya no solo luchamos por erradicar los vicios y las instituciones que tienen una relación negativa del hombre con los medios de producción, sino que tratamos de llevar la conciencia del hombre a su grado más alto. Ya no solo la lucha contra las instituciones que esclavizaban al hombre, sino contra los egoísmos que esclavizan todavía a muchos hombres, contra los individualismos que apartan a algunos hombres de la fuerza de la colectividad. Es decir, ya no solo pretendemos librar al hombre de la tiranía que las cosas

ejercían sobre el hombre, sino de ideas seculares que todavía tiranizan al hombre.

Por eso podemos afirmar que desde el 10 de Octubre de 1868 hasta hoy, 1968, el camino de nuestro pueblo ha sido un camino interrumpido de avance, de grandes saltos, rápidos avances, nuevas etapas de avance y nuevas etapas de avance.

Tenemos sobrados motivos para contemplar esta historia con orgullo. Tenemos sobrados motivos para comprender esa historia con profunda satisfacción. Nuestra historia cumple cien años. No la historia de la colonia, que tiene más; ¡la historia de la nación cubana, la historia de la patria cubana, la historia del pueblo cubano, de su pensamiento político, de su conciencia revolucionaria!

Largo es el trecho que hemos avanzado en estos cien años y larga también la voluntad y la decisión de seguir adelante ininterrumpidamente. Inconmovible el propósito de seguir construyendo esa historia hermosa, con más confianza que nunca, con más trabajo que nunca, con más tareas por delante que nunca: enfrentándonos al imperialismo yanqui, defendiendo la Revolución en el campo que sea necesario; enfrentándonos al subdesarrollo para llevar adelante todas las posibilidades de nuestra naturaleza, para desplegar plenamente todas las energías de nuestro pueblo, todas las posibilidades de su inteligencia.

Y estas serán las tareas: defender la Revolución frente al imperialismo, profundizar nuestras conciencias en la marcha hacia el futuro, fortalecer nuestro pensamiento revolucionario en el estudio de nuestra historia, ir hacia las raíces de ese pensamiento revolucionario, y llevar adelante la batalla contra el subdesarrollo.

Alguien habló de entre ustedes ahora de los diez millones, y los diez millones es prácticamente una batalla ganada de este país (APLAUSOS); por el impulso que lleva el trabajo en nuestros campos, por el tremendo empuje de nuestro pueblo trabajador. Y los diez millones forman parte de esa batalla mayor que es la batalla contra el subdesarrollo, contra la pobreza.

Y esas son nuestras tareas del futuro.

Muchas veces desde las tribunas de los politiqueros hipócritas y mentirosos, ladrones contumaces, estafadores del pueblo, que invocaban los nombres de los patriotas de la independencia, muchas veces profanaron con solo traerlos a sus labios el nombre de Martí, de Maceo, el nombre de Céspedes, el nombre de Agramonte, el nombre de todos los patriotas. Hipócritamente mencionaban aquellos nombres. En el fondo lo olvidaron todo, lo abandonaron todo.

Este país debiera tener una lápida, un recuerdo en cada punto donde combatieron los cubanos, en cada punto donde libraron sus batallas. No se ocuparon de dejar un recuerdo siquiera dónde fue exactamente la batalla de Peralejo, o de Las Guásimas, o de Palo Seco, cuáles fueron las batallas de la Invasión. Dejaron que yacieran en el olvido, llenas de maleza o de polvo, sin un solo recuerdo.

Muchas veces los estafadores pretendieron usar los nombres de nuestros héroes para servir a sus fines politiqueros.

Por eso hoy nosotros, los revolucionarios de esta generación, nuestro pueblo revolucionario puede sentir esa íntima y profunda satisfacción de estarles rindiendo a Céspedes, a los luchadores por nuestra independencia, el único tributo, el más honesto, el más sincero, el más profundo: ¡el tributo

de un pueblo que recogió los frutos de sus sacrificios, y al cabo de cien años les rinde este tributo de un pueblo unido, de un poder del pueblo, de un pueblo consciente, y de una revolución victoriosa dispuesta a seguir indoblegablemente, firmemente e invenciblemente la marcha hacia adelante!

Gritemos hoy con legítimo derecho:

¡Que viva Cuba Libre! (EXCLAMACIONES DE: “¡Viva!”)

¡Que viva el 10 de Octubre! (EXCLAMACIONES DE: “¡Viva!”)

¡Que viva la Revolución victoriosa! (EXCLAMACIONES DE: “¡Viva!”)

¡Que vivan los Cien Años de Lucha! (EXCLAMACIONES DE: “¡Viva!”)

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(OVACION)

